

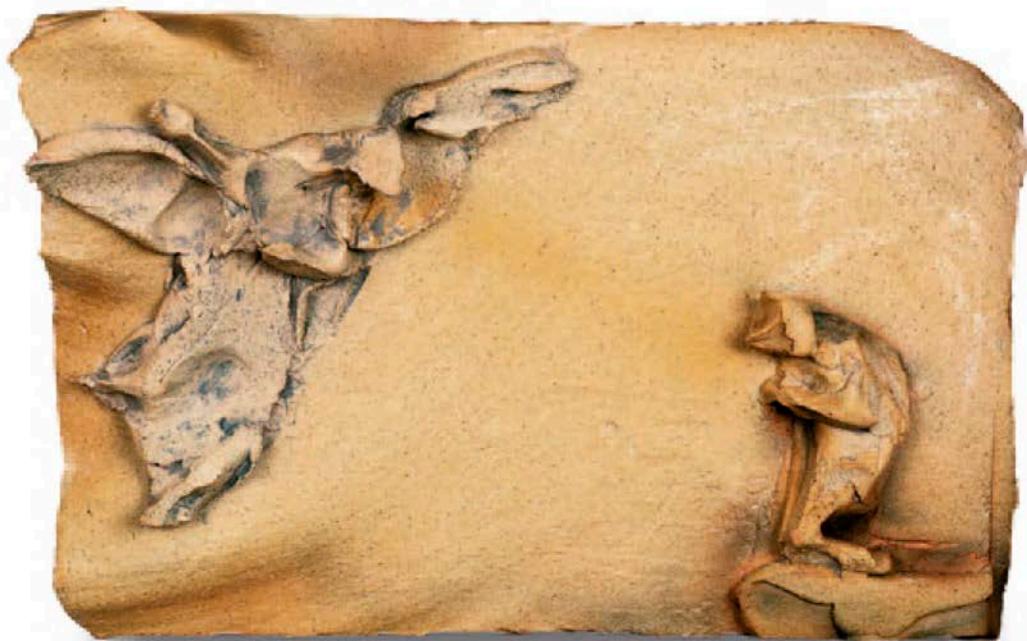


COMPRA ONLINE  
EN **PPC-EDITORIAL.ES**

# EL CAMINO DE NUESTRA SEÑORA

*Conocer, amar y servir a María*

Antonio González Paz



## PRESENTACIÓN

En la circular conjunta publicada por sor M<sup>a</sup> Franca Zonta, superiora general de las Hijas de María Inmaculada, y el padre Manuel Cortés, superior general de la Compañía de María, convocando un año jubilar con motivo del bicentenario de la fundación de la vida religiosa en el seno de la familia marianista, proponían como objetivo de esta celebración profundizar en el sentido y misión que nuestros fundadores quisieron darle a la vida consagrada en el conjunto de sus fundaciones.

Convencidos de que nuestro futuro depende de la fidelidad al carisma que Adela y Guillermo José nos transmitieron con sus vidas, nos han propuesto como lema para este año jubilar tres verbos: conocer, amar y servir:

Conocer, amar y servir: tres verbos muy presentes en los textos de nuestra tradición carismática; tres verbos que abarcan la totalidad de la persona en la vida espiritual; tres verbos inseparables, encadenados entre sí, en una relación circular: conocer para amar, amar para servir, amar y servir para conocer...; tres verbos que dinamizan toda nuestra vida y misión: conocer, amar y servir a Cristo; conocer, amar y servir a María; conocer, amar y servir a nuestro carisma (*La celebración del bicentenario de nuestras fundaciones 2*).

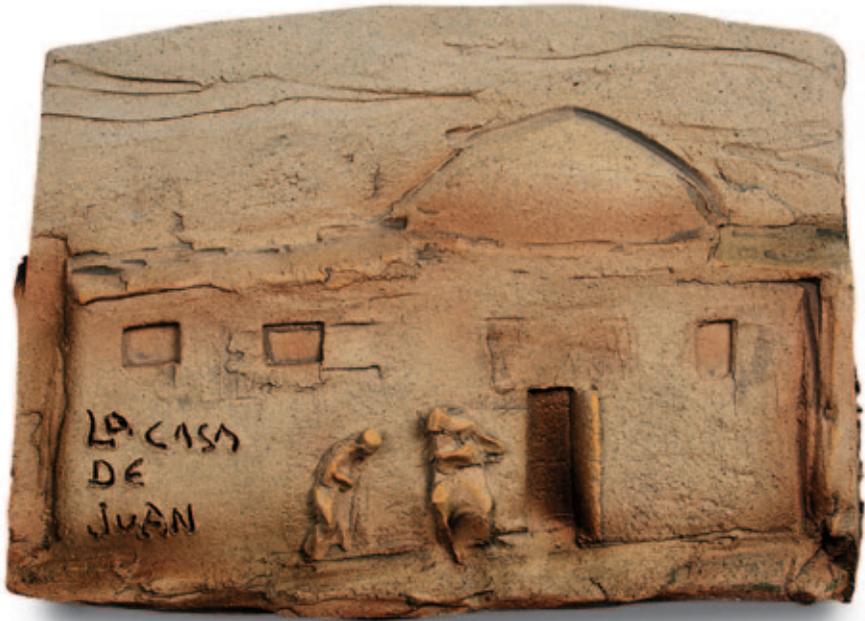
*El camino de nuestra Señora*, que lleva como subtítulo *Conocer, amar y servir a María*, pretende ser una pequeña aportación que ayude a con-  
jugar los tres verbos en todos los modos, tiempos, voces y personas, y  
así renovar la pasión por seguir viviendo la vocación marianista con  
profundidad, entrega y alegría.

El libro que estás empezando a leer tiene dos partes diferenciadas.  
En la primera, «El camino de María», aborda el proceso de fe de nues-  
tra Señora y termina con algo tan propio de la espiritualidad maria-  
nista como la alianza con María. En la segunda, «Etapas de una pere-  
grinación», ofrece unas pautas para la reflexión, oración y puesta en  
común de los textos marianos del Nuevo Testamento. El epílogo, «Un  
cántico para el final del camino», es una relectura del *Magnificat* al  
terminar la peregrinación.

ANTONIO GONZÁLEZ PAZ

PRIMERA PARTE  
EL CAMINO DE MARÍA

## MARÍA EN CASA DE JUAN



## EL CAMINO DE MARÍA

El camino de María empezó en Nazaret, cuando era muy joven, casi una niña. Desde el día de la Anunciación, en el que, como Abrahán –la roca de la que había sido tallada–, escuchó la invitación a dejarlo todo e iniciar su peregrinación, se esforzó en estar pendiente del dedo de Dios para descubrir el lugar hacia el que el Señor la invitaba a dirigirse. No tuvo morada fija. Caminó de baluarte en baluarte con la esperanza de ver cara a cara a aquel que le esperaba en Sión. Con esa confianza hizo su proceso, comprobando que, cuando tuvo que atravesar áridos valles, se convertían en oasis, como si la lluvia temprana los cubriera de bendiciones. El Señor fue para ella sol que la iluminaba y escudo que la cubría, amparaba y defendía, dándole su fuerza y su gracia para seguir caminando (Sal 82). Cuando se le ofrecía la oportunidad de tener un respiro, la Virgen de Nazaret aprovechaba para poner nombre a lo que iba viviendo. Gracias a ellos tomó conciencia de que, sin dejar de ser la madre de Jesús, se iba convirtiendo progresivamente en una seguidora de su Hijo.

El último oasis en el que María vivió, antes de entrar en el descanso de Dios, fue la casa de Juan. Allí se instaló –«desde aquel momento, el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19,27)– y cumplió las últimas palabras que le dirigió su Hijo –«Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26)–, comportándose con el discípulo amado como una verdadera madre.

La Virgen de Nazaret llegó a casa de Juan ya madura, cuando, después de perder a su esposo y a su Hijo, se había quedado sola y desamparada. La estancia junto al discípulo amado le permitió vivir en su compañía la última etapa de su peregrinación.

## LA PLASMACIÓN DE OTEIZA

Los artistas cristianos, que se han inspirado con frecuencia para sus creaciones en la vida de la Virgen, no se han atrevido casi nunca a representar la estancia de María en casa de Juan. Hay como una tácita conspiración de silencio entre todos ellos para no violar esa intimidad. Recientemente, Antonio Oteiza ha osado desvelar el misterio en una de las cerámicas del retablo de la capilla de los religiosos marianistas de Valencia.

La casa de Juan, tal como la ha recreado Oteiza, es muy sugerente: Una casita baja, como la de los pobres de Palestina, que habla de encarnación entre los pequeños, de sencillez, de discreción. Una casita baja, pero suficientemente amplia, dispuesta para congregarse, comunicarse, crear comunidad e Iglesia. Una casita baja con ventanas discretas, altas y abiertas, que aseguran la intimidad y evitan miradas indiscretas, sin impedir que lleguen a su interior los ruidos de la calle y de la vida. Una casita de puerta pequeña, que exige abajarse, inclinar la cabeza ante el misterio que se desarrolla en su interior.

La comunidad que se puede reunir en casa de Juan, según la interpretación de Oteiza, recoge el modelo de Iglesia tal como la concibió el Concilio y hacia la que nos orienta el papa Francisco: una Iglesia que huye del lujo y el poder, viviendo entre y como los pobres, encarnada en su medio, hospitalaria, acogedora, alimentada por una profunda vida interior, abierta a los hombres de nuestro tiempo. En su seno nacerán y se formarán un nuevo tipo de cristianos capaces de sintonizar con las inquietudes de nuestra época. La casa de Juan, tal como la ha plasmado el artista donostiarra, evoca el seno maternal de María. En él se irán gestando y madurando los nuevos apóstoles de la Iglesia.

Oteiza ha representado a Juan en el exterior de su casa. Sus brazos extendidos señalan la puerta con un gesto de acogedora hospitalidad. Su cabeza, inclinada ante la figura de María, es un signo de respe-

to y veneración. Podría estar diciendo: «¿Cómo es que viene a visitarme la madre de mi Señor?» (Lc 1,43).

María avanza desde la izquierda hacia la casa de Juan. Hace años que se ha definido como «la humilde esclava del Señor» (Lc 1,48). Sus ojos buscan desde entonces sus manos para interpretar cualquier deseo y cumplir su voluntad (Sal 123,2). Desde que, al pie de la cruz, ha oído a Jesús decirle: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,27), solo desea fijar su morada junto al discípulo amado. Parece que esta casa será la definitiva, pero no está muy segura. Desde que, como Abrahán, se puso en camino no ha tenido vivienda fija. Ha conocido ya tantas casas: Nazaret, Ain Karim, Belén, Egipto... ¿Será esta la última?

La Virgen de Nazaret llega cansada a casa de Juan. Desde el día en que partió sin conocer cuál era su destino ha habitado muchas viviendas provisionales, viviendo como extranjera en la tierra que Dios le prometió, con la esperanza de hallar una morada de sólidos cimientos (Heb 11,8-10). Cree que esta vez, por fin, ha encontrado la definitiva en casa de Juan.

María, tras la acogida entrañable del discípulo amado, tendrá que acostumbrarse a vivir con un hijo que no ha engendrado, pero al que ha dado a luz en el Calvario. Pasito a pasito lo irá educando en la escuela de Jesús. En Juan, y en todo aquel que se sienta llamado a seguir al Caminante, irá plasmando, respetando el ritmo y la sensibilidad de cada uno, la forma de pensar, amar y actuar de su Primogénito.

En casa de Juan, María descubrirá su vocación de educadora de una Iglesia de la que se sabe Madre. Poco a poco y pacientemente irá transmitiendo a los discípulos de su Hijo su propia experiencia de seguidora del Caminante.

MARÍA AYUDA A PONERSE EN CAMINO

María en casa de Juan recuerda... ¡Hace ya tantos años que se puso en camino!... Algo más de treinta... Parece que fue ayer... ¡cómo pasa el tiempo!...

Entonces era muy joven, casi una adolescente. Una chica de pueblo, con poca cultura y cortos horizontes. Había empezado a salir con José. Hacía años que se conocían, se habían gustado desde siempre, pero dudaban de iniciar una relación más seria. Se sentía feliz de haber dado el paso y haberse comprometido con aquel hombre (Lc 1,26-38).

Y, precisamente entonces, Dios le había enviado un mensajero con una proposición. Como Abrahán, había sentido el desgarramiento interior de tener que dejar la casa paterna, la tierra en la que había crecido, el proyecto que ya tenía perfilado (Gn 12,1). Como el padre de los creyentes, no había recibido explicaciones del motivo de su elección, aunque, como de pasada, el ángel la llamara «la más favorecida de Dios» (Lc 1,28).

Como el patriarca, evidenciando la roca de la que había sido tallada (Is 51,2), se había puesto en camino –«Yo soy la esclava del Señor, que él haga conmigo como dices» (Lc 1,38)–, ofreciendo su seno virginal como una tierra buena y fértil donde germinara la semilla del Reino.

En su perplejidad (Lc 1,29), María no tiene miedo, porque está segura de que su Señor está con ella (Lc 1,28). Se fía y acepta que lo imposible se haga posible en su seno, asumiendo el riesgo de que el Libertador, el Hijo del Altísimo, el Rey eterno, el heredero de David, ponga su tienda en medio de su vida (Jn 1,14).

Y, después del anuncio, el ángel se fue y la dejó sola con un misterio que la sobrepasaba (Lc 1,38). Sabía que desde entonces tendría que estar muy pendiente del dedo de Dios para ponerse diligentemente en camino hacia la tierra que él le fuera mostrando.

En casa de Juan, María rememora el comienzo de su vocación.

Se da cuenta de que tendrá que enseñar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a decir sí a la invitación de Dios. No solo un sí inicial e impulsivo, sino el que habrá que ir ratificando, a menudo en situaciones oscuras, a lo largo de toda la vida. Como ella, deberá fiarse incondicionalmente de aquel que le invita a ponerse en camino, sin aclarar el motivo de la elección. Tendrá que creer que su Señor es capaz de hacer posible los contrarios, incluso de compaginar virginidad y maternidad.

### MARÍA ENSEÑA A CONVERTIR LA VOCACIÓN EN SERVICIO

María en casa de Juan, al que pacientemente ha empezado a educar en el seguimiento del Caminante, rememora su estancia en casa de otro Juan. En esa etapa de su peregrinación descubrió que toda vocación es un humilde servicio.

Había sido cubierta por la sombra del Altísimo. Sabía que una vida incipiente empezaba a gestarse en su seno, pero no podía quedarse ensimismada en esa experiencia. El ángel le había comunicado que su pariente, la anciana Isabel, esperaba un niño (Lc 1,36). Su presencia allí era importante. Sin dudarlo, sin esperar a encontrar el momento propicio para contarle a José su embarazo, se pone diligentemente (desde la etimología: amorosamente) en camino. Se dirige, con pies ligeros, hacia Ain Karim, donde su vocación se hará servicio.

La Madre del Caminante hace camino. Deja a sus espaldas una tierra, una parentela, unos muertos, un prometido, una seguridad, porque el Altísimo le ha mostrado un terreno nuevo que ha de regar con el sudor de la frente.

Santa María del Camino avanza por senderos polvorientos saboreando su maternidad recién estrenada. Se da cuenta de que el Señor ha puesto sus ojos en su humilde esclava (Lc 1,48), que el Todopoderoso ha hecho en ella maravillas (Lc 1,49), que la misericordia del

Señor sigue llegando a sus fieles de generación en generación (Lc 1,54)... Y, mientras camina hacia Ain Karim con el corazón lleno de alegría (Lc 1,46), canta su gozo nuevo esperando poder compartir con Isabel un secreto aún a nadie desvelado.

El encuentro gozoso con Isabel confirma a María en su maternidad: ¡Dios te ha bendecido más que a ninguna otra mujer y ha bendecido al hijo que está en tu vientre! ¿Cómo es que la Madre de mi Señor viene a visitarme? (Lc 1,41). La Virgen de Nazaret se hace consciente de que es el arca de la nueva Alianza que encierra en su seno a un Salvador que hace bailar de alegría –como en su momento al rey David (2 Sam 6,14)– a todo el que es capaz de columbrar su presencia tras los velos de la carne.

El encuentro con Isabel confirma a María en su vocación y a la vez la desgarrar por dentro. Intuye por primera vez que lo importante no es ser la madre de su Hijo, sino estar feliz por haber creído (Lc 1,45). No lo entiende muy bien, pero le da vueltas en su interior, guardando las palabras en el corazón (Lc 2,51). Tiempo habrá de comprender estas cosas...

Y tras el encuentro, el servicio: María se quedó unos tres meses con Isabel (Lc 1,56). No se le caen los anillos por ser la Madre de Dios: La humilde esclava del Señor se hace servidora de los hombres. Así es el seguimiento del Caminante...

María en casa de Juan rememora aquellos tres meses en los que experimentó que sirviendo a los demás se sirve al mismo Dios (Mt 25,40). Durante aquel tiempo había traducido su vocación en un humilde servicio.

En la intimidad de lo que ya empieza a vivir como su propio hogar, María se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a comprender que ser discípulo de Jesús es entrar por la puerta del servicio, es decir, quitarse el manto, ceñirse el delantal, coger la palangana y ponerse a lavar los pies a los demás. Es la forma de manifestar que se es un

humilde servidor en el que el Poderoso ha posado su mirada y que se siente feliz por haber sido llamado a desempeñar ese ministerio.

## MARÍA ENSEÑA A DESCUBRIR LA FECUNDIDAD DE LA VIRGINIDAD

María en casa de Juan, al que pacientemente ha empezado a educar en el seguimiento del Caminante, rememora el camino de Nazaret a Belén. En esa etapa de su peregrinación descubrió la fecundidad de la virginidad.

Un decreto de un emperador lejano la había puesto de nuevo en camino cuando su avanzado estado de gestación aconsejaba más bien un cierto reposo. Ahora, muchos años más tarde, comprende el sentido de la profecía tantas veces escuchada en la sinagoga: «Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos...» (Miq 5,1). En esta etapa de su peregrinación, María descubrirá que el Señor dirige la historia y que muchas veces los hombres, como el mismo Augusto, colaboran inconscientemente en el plan de Dios.

La madre del Caminante marcha hacia Belén. Nota en su vientre los pies inquietos de su Hijo, que parecen querer echar a andar. Al llegar al pueblo recibe del posadero la negativa a alojarla en su casa. Intuye que el niño que espera no tendrá donde recostar la cabeza (Lc 9,58), aunque eso no se le niegue ni a los pájaros ni a las zorras.

María, en casa de Juan, pasa por alto los dolores de parto, el frío de la cuadra, la visita de los pastores; solo recuerda que si «nadie puede amar una cosa a menos que pueda rodearla con sus brazos» (Fulton Sheen). Ella había tenido el privilegio de estrechar al que, antes de acariciarlo con su mirada, ya amaba entrañablemente. Y en la precariedad de su nueva morada evoca el gozo de poder escuchar junto al suyo el latido del corazón de su hijo. Quizá pudo decir: «Este Dios es mi hijo. Esta carne divina es mi carne. Ha sido hecha por mí: tiene mis

ojos y el trazo de su boca es como la mía; se me parece. ¡Es Dios y se me parece!» (J.-P. Sartre).

Ahora, muchos años más tarde, en casa de Juan, comprende que lo importante no es que su Hijo se le parezca, sino que ella se parezca a Jesús.

En la intimidad de la que ya empieza a sentir como su propia casa, María se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a ir adquiriendo los mismos sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2,5). Después de haber acogido cordialmente la invitación: «Sígueme, ponte detrás de mí» (Lc 5,27), el aspirante al seguimiento deberá ir progresivamente adquiriendo la misma forma de pensar, amar y actuar de aquel que con su llamada «le sacó de las tinieblas y le llevó a su luz admirable» (Col 1,13). María se da cuenta de que esta transformación llevará su tiempo, pero está convencida de que algún día podrá decirles: «Hijitos míos, a los que doy a luz de nuevo, hasta que adquiráis la figura de Cristo» (Gál 4,19).

## MARÍA PREPARA PARA COMPARTIR EL DESTINO DE SU HIJO

María, en casa de Juan, evoca sus subidas a Jerusalén. Todas le traen dolorosos recuerdos: la presentación, la pérdida del niño y, sobre todo, la última, que la ha dejado desmadejada y maltrecha: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la clueca reúne a sus polluelos!» (Mt 23,37)...

En el primer viaje, la Madre del Caminante había subido a Jerusalén a presentar a Dios a su Hijo primogénito. Llevaba, para pagar el rescate, un par de tórtolas, su presupuesto no daba para corderos, pero tenía la corazonada de que las aves no iban a servir para nada. Ahora, muchos años más tarde, se da cuenta de que su intuición femenina

había sido acertada: decididamente, Yahvé se había quedado para siempre con su Hijo.

Había sido Simeón, el centinela del Templo, el de los ojos grandes y mirar profundo, el que no miraba hacia atrás con nostalgia, sino hacia adelante con esperanza (Nm 24,3-4), el que la alertó sobre el futuro de su bebé: «Este niño va a ser causa en Israel de que muchos caigan y otros muchos se levanten. Es un signo de contradicción puesto para descubrir los más íntimos pensamientos de mucha gente» (Lc 2,34-35), aunque era la luz que se manifiesta a las naciones y la gloria del pueblo de Israel (Lc 2,32).

María, en la intimidad de la casa de Juan, recuerda que aquellas palabras habían sido como una espada que le atravesó el corazón (Lc 2,35). Ahora, relejendo los recientes acontecimientos, se da cuenta de que su Hijo había sido como una bandera discutida, como un signo de contradicción levantado en el corazón de Jerusalén.

El segundo viaje a la Ciudad Santa también le había dejado un regusto amargo: no solo había perdido a un hijo, sino que había tomado conciencia de que ya no le pertenecía (Lc 2,49). Decididamente se podía haber ahorrado comprar el par de tórtolas...

El tercer viaje está tan reciente que María prefiere no recordarlo. Ya habrá tiempo de darle vueltas en el corazón...

En la soledad habitada de la casa de Juan, María se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a tomar conciencia de que la contradicción, la incomprensión, las dificultades e incluso la persecución son inherentes al seguimiento del Nazareno. Seguimiento que, inevitablemente, supone compartir su destino, es decir, llevar su cruz (Mc 8,34), beber su cáliz (Mc 10,38-39) y, finalmente, compartir su Reino (Jn 14,3).

MARÍA FORMA A LOS PREGONEROS DE LA BUENA NOTICIA

María, en casa de Juan, evoca su viaje de Nazaret a Caná. Lo recuerda con alegría: iba a compartir el gozo esponsal de una pareja. Además contaba con la posibilidad de reencontrarse con su Hijo, que hacía algún tiempo que se había marchado de casa. Recuerda que ella, tan discreta, se había quedado en segundo plano. Había contemplado desde lejos, con un sano orgullo, a su Hijo comiendo y bebiendo con sus amigos y participando alegremente en la fiesta.

Solo se había acercado a Jesús cuando, intuyendo el riesgo de que se acabara la fiesta, había solicitado su intervención. La respuesta de su Hijo la había dejado desconcertada –«¡Mujer! No te metas en mis cosas» (Jn 2,4)–, pero no se había amilanado. Se había limitado a decir a los sirvientes: «Lo que él os diga, hacedlo» (Jn 2,5).

Mientras volvía a Cafarnaún –ahora, en casa de Juan, lo recuerda con alegría– se había dado cuenta de que «sus discípulos creyeron en él» (Jn 2,11) al ver la manifestación de su gloria. Ella también.

María, mientras trastea de un lado a otro por la casa, se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a estar siempre alerta para hacer lo que él le diga y a ponerse diligentemente a llenar hasta el borde tinajas de agua. Empieza a sentirse reina de los apóstoles, deseosa de transmitir a los seguidores del Nazareno su pasión por el advenimiento del Reino.

## MARÍA AYUDA A RECONOCERSE COMO HIJO Y MADRE DE LA IGLESIA

María, en casa de Juan, recuerda el día en que su camino se cruzó con el de Jesús. Ella iba con sus parientes buscándole por las cercanías de Cafarnaún. Se lo había encontrado sentado en círculo con los suyos. Se había sentido extraña y no se había atrevido a interrumpirle. Simplemente se había limitado a mandar un mensajero para infor-

marle de su presencia (Mc 3,31-35).

En aquella etapa de su peregrinación, gracias a la respuesta de su Hijo, María había comprendido que lo verdaderamente importante no era haberle dado a luz, sino seguirle, cumpliendo así la voluntad del Padre. Ahora recuerda el gozo experimentado al sentarse en el círculo de su Hijo, sintiéndose hermana y madre de su propio Hijo. Verdaderamente aquel gesto, aparentemente trivial, había sido muy importante. Ya no era una extraña en el grupo, sino una más en la Iglesia. Por eso, en adelante, la bendecirán todas las generaciones (Lc 1,48).

María, en casa de Juan, toma conciencia de que no solo es hija de la Iglesia, sino que, desde aquella hora del Calvario, había empezado a ser su Madre. Sonríe feliz. Ha sido un parto doloroso, pero ha valido la pena. En ella se había cumplido aquello de que «cuando una mujer va a dar a luz, siente angustia, porque le ha llegado la hora; pero cuando el niño ha nacido, su alegría le hace olvidar el sufrimiento pasado y es enteramente feliz por haber traído un niño al mundo» (Jn 16,21).

María, mientras ve alborear el nuevo día en casa del discípulo amado, se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a ser hijo y madre de la Iglesia. Siendo consciente de que, gracias a la mediación de la comunidad, ha podido conocer a Jesús y escuchar la llamada a seguirle, se sentirá impulsado a gastar con gozo sus fuerzas en engendrar a otros a esa vida nueva. Se sentirá madre, sin dejar de ser hijo, de una Iglesia convocada y reunida por el Señor.

María, en casa de Juan, espera, sin angustia ni inquietud, la vuelta de su Hijo. Sabe que un día retornará y la llevará consigo a la casa del Padre, donde le habrá preparado un lugar (Jn 14,1-2). Mientras espera el momento de estar siempre con él sigue dándole vueltas a todo en el corazón y custodiando con amor de madre a los discípulos de su Hijo...

### Para compartir en comunidad

- Comenta lo que te haya parecido más sugerente de este capítulo.
- Contempla la cerámica de Oteiza, *María en casa de Juan*. ¿Qué te sugiere? ¿Es tu comunidad cristiana como la casa de Juan?
- Contrasta tu camino de fe con el de María.

### ORACIÓN A NUESTRA SEÑORA DEL CAMINO

Virgen del Camino, Madre de Jesús y Madre nuestra:

- Tú, que dijiste sí al Señor y te pusiste diligentemente en camino para visitar a tu prima Isabel, enséñanos la alegría de servir a nuestros hermanos.
- Tú, que en compañía de José hiciste el camino de Nazaret a Belén para dar a luz en la humildad de un pesebre, enséñanos a valorar y defender la vida desde su concepción.
- Tú, que conociste el camino del exilio, protege a tantos desterrados en su propia tierra y a los que han de emigrar a otras extrañas para buscar el pan de los suyos.
- Tú, que en el camino de Jerusalén a Nazaret perdiste a tu hijo, acompáñanos cuando perdamos de vista a Jesús y ayúdanos a buscarle hasta encontrarle.
- Tú, que hiciste el camino hasta Caná para participar en una boda, enseña a los matrimonios cristianos a construir un hogar donde nunca falte la alegría de la fiesta.
- Tú, que seguiste a Cristo en el camino de la cruz, sostén con tu amor de madre a todos los que sufren y enséñanos a compartir las penas y alegrías, los gozos y sufri-

mientos de nuestros hermanos.

- Tú, que acompañaste en la oración a la Iglesia en la espera del Espíritu, sé nuestra fuerza en el camino de la vida y enséñanos a recorrerlo con entusiasmo.

Santa Madre de Dios, ruega por nosotros, caminantes, peregrinos. Amén.

LA MIRADA DE JUAN



La casa de Juan ha sido el universo simbólico que nos ha permitido hacer una interpretación y síntesis del itinerario de fe de la Madre del Redentor. En este capítulo vamos a contemplar a la Virgen con los ojos del discípulo amado.

Juan, el discípulo amado (Jn 21,20), el que tuvo el privilegio de saborear como nadie la intimidad de su maestro (Jn 13,25), el hombre de mirada penetrante, capaz de descubrir en los signos la presencia de su Señor (Jn 20,8) y de señalarla a otros (Jn 21,7), nos va a presar sus ojos para acercarnos al misterio de María. Con sus pupilas vamos a intentar descubrirla como figura y tipo de la Iglesia.

## LA PLASMACIÓN DE OTEIZA

La vida de Juan sufrió una transformación importante desde la hora en que Jesús le entregó a María por Madre. El escultor Antonio Oteiza ha modelado con trazos elementales, sencillos y sugerentes esta escena evangélica.

Oteiza ha representado a Jesús clavado en una cruz de pequeño porte, que le hace estar muy próximo a los testigos de su muerte. Ni siquiera en la hora de su muerte ha sido elevado por encima de los demás el que se empeñó, durante toda su existencia, en ponerse por debajo y lavarles los pies (Jn 13,4-5). Para el escultor donostiarra, Jesús es un Dios cercano, tangible, fraterno, despojado de todo y crucificado en un madero. Sus brazos bien abiertos desean abrazar a una humanidad que no sabe lo que hace (Lc 23,34).

Al pie de la cruz está su madre (Jn 19,23). Es una mujer menuda, a la que una espada le ha roto el corazón, que sin embargo contiene su dolor sin derramar una lágrima. Impotente ante un misterio que la desborda, ha dejado caer los brazos e inclinado la cabeza, dispuesta a acatar lo que su Hijo le diga. Materialmente destrozada permanece firme, de pie, fuerte en la fe, alegre en la esperanza, constante en el

amor. Sabe que, en todo alumbramiento, el inevitable dolor es la antesala de una alegría desbordante. Con esa seguridad espera confiadamente en el Señor, del que sabe, por propia experiencia, que es capaz de hacer posible lo imposible. No le inquieta oírle decir: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). Acostumbrada a comportarse como una humilde esclava de su Señor, cuando todo se haya cumplido acogerá bajo su protección a los discípulos de su Hijo y les enseñará a ser dóciles a la acción del Espíritu.

Junto a María, una figura más sugerida que esbozada. Es un hombre joven y fuerte, el discípulo amado (Jn 19,26). Roto por el dolor, acaba de escuchar de labios de su Maestro: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,27). Sorprendido por las palabras de su amigo, ha levantado la cabeza y la mirada para contemplar con ojos trémulos a la Madre de su Señor, que desde esa hora ha empezado a ser su madre. Obediente, ha abierto los brazos y el corazón, dispuesto a hacer diligentemente todo lo que él le ha dicho. Cuando todo se haya cumplido la acogerá en su casa como un don precioso de la salvación.

## MARÍA, IMAGEN Y PRIMICIA DE LA IGLESIA

Al pie de la cruz, Juan, el hombre de mirada penetrante, ha sabido descubrir en esa mujer menuda, en esa aldeana recién llegada a Jerusalén, en la madre de un condenado a muerte, la encarnación de lo que está llamado a ser. En esa mujer dolorida y dolorosa, fuerte en la fe y alegre en la esperanza, ha descubierto la realización más acabada de todo discípulo.

Juan, como todo hombre, necesitaba un paradigma cercano del seguidor de Jesús. El paradigma ejerce una fascinación universal. El hombre tiende instintivamente a buscarlo, consciente o inconscientemente, quizá porque intuye, aunque no sepa formularlo, que su vida no está llena, que está marcada por el doloroso estigma de la

limitación y la finitud. Percibiéndose deficitario, limitado, en camino hacia la plenitud, proyecta y busca en otros lo que le gustaría ser. Esa proyección que se puede llamar utopía creadora, proyecto de vida, arquetipo, sueños o ilusiones, actúa eficazmente en su presente ayudándole a acercarse al arquetipo o modelo. Probablemente nunca lo realice, pero le ayuda a caminar:

«Ella está en el horizonte» –dice Fernando Birri–.

Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos.

Camino diez pasos, y el horizonte se corre diez pasos más allá.

Por mucho que yo camine nunca la alcanzaré.

¿Para qué sirve la utopía?

Para eso sirve: para caminar.

(EDUARDO GALEANO, *Ventana sobre la utopía*)

La mirada penetrante de Juan descubre en la Madre de su Señor un paradigma cercano que encarna sus sueños. En una persona de carne y hueso, moldeada del mismo barro que los demás, descubre que es posible vivir con radicalidad la utopía propuesta por Jesús. Desde aquella hora, María será para él un estímulo poderoso que le caldea el corazón, moviliza su voluntad y motiva su empeño de acercarse al ideal.

Los ojos luminosos del discípulo amado empiezan a descubrir en esa mujer menuda el paradigma de todo creyente. En la existencia sencilla y discreta de la Madre del Señor descubrirá el ansia y la búsqueda de Dios de toda la raza humana. En la aparente trivialidad de la convivencia diaria columbrará lo que es capaz de hacer un ser humano cuando acoge en su vida la Palabra de Dios y la pone en práctica. Ella será para Juan a la vez inspiración y modelo de vida cristiana. En cuanto inspiración será impulso permanente; en cuanto modelo, realización plena del seguidor apasionado de Jesús que soñaba ser.

El discípulo amado, hacia el final de su vida, en su destierro en la isla de Patmos, resumiendo sus descubrimientos, presentará a María en el Apocalipsis como un signo de esperanza segura para la Iglesia peregrina. Para Juan, la Madre del Señor es un anticipo de la meta final a la que todos estamos llamados. Allí, en el Reino ya consumado, recibiremos, como ella, un nombre nuevo en el descanso definitivo en el seno del Padre.

Con ese lenguaje, a la vez confuso y sugerente, propio del género apocalíptico, Juan escribirá:

Una gran señal apareció en el cielo: una mujer revestida del sol, la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas. Estaba encinta y gritaba de dolor en el trance del parto. Apareció otra señal en el cielo: un dragón rojo enorme, con siete cabezas y diez cuernos y siete coronas en las cabezas. Con la cola arrastraba un tercio de los astros del cielo y los arrojaba a la tierra. El dragón estaba frente a la mujer en parto, dispuesto a devorar a la criatura en cuanto naciera. Dio a luz a un hijo varón, que ha de apacentar las naciones con vara de hierro. El hijo fue arrebatado hacia Dios y hacia su trono. La mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios para sustentarla durante mil doscientos sesenta días (Ap 12,1-6).

En el relato bíblico aparecen dos mundos enfrentados a muerte: por un lado, el dragón rojo y sus secuaces, y, por otro, la mujer, su hijo y el resto de su descendencia.

Del texto se hacen tres posibles lecturas. Una primera interpretación identifica a la mujer con el Israel fiel que, glorificado en sus patriarcas (sol y luna) y en las doce tribus (estrellas), espera al Mesías que ha de nacer de sus entrañas. Será precisamente su fidelidad en medio de dolorosas pruebas (parto) la que hará posible su advenimiento a este mundo.

La segunda interpretación identifica a la mujer con la Iglesia. Con su parto doloroso (Calvario) da a luz al Cristo total, a la comunidad de creyentes nacida del agua y del Espíritu.

La última interpretación identifica a la mujer con la Virgen Inmaculada. En ella, la humanidad ya ha vencido al dragón rojo. María, la mujer que no se dejó seducir como la primera, es la nueva Eva, la que, no sin dolor, ha parido a la nueva humanidad venciendo a la serpiente primordial.

Estas dos últimas lecturas se complementan y se funden en una sola. La Iglesia ha alcanzado en María el triunfo definitivo, mientras que el resto de su descendencia continúa luchando contra el dragón rojo. Fortalecida con la sangre del Cordero (Ap 12,11) y alimentada durante un año, y otro año y medio año (Ap 12,14) con el pan de los fuertes, será capaz de vencer al Maligno como lo ha hecho ya su Madre y Maestra.

Gracias a esta gran señal, a esta gran promesa, la Iglesia peregrina –el resto de su descendencia– atraviesa este inmenso desierto con la seguridad de que un día alcanzará esa salvación plena y definitiva que en la Virgen de Nazaret es gozosa realidad. Así lo expresa la liturgia cuando reconoce a María como «comienzo e imagen de la Iglesia» (prefacio de la Inmaculada), «figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada» (Asunción).

## MARÍA, MADRE DE MISERICORDIA

Juan, en su convivencia diaria con la Madre de su Señor, irá progresivamente descubriendo, gracias a su mirada lúcida y luminosa, en María a:

- una Virgen hecha acogida,
- una Virgen hecha oración,
- una Virgen hecha madre,
- una Virgen hecha don.

## Una Virgen hecha acogida

Juan, en su convivencia diaria con la Madre de su Señor, comprueba que María es una mujer que habitualmente acoge y pone en práctica la Palabra de Dios. El discípulo amado comprende entonces que esa acogida incondicional fue la que hizo posible que un día aceptara la propuesta de un Dios que solicitaba su colaboración. Gracias a su sí decidido, el Hijo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1,14). Desde esa hora, el Omnipotente pudo llorar ante el dolor de los hombres, estremecerse ante los que pasaban hambre, acariciar a los que sufrían las injusticias, abrir los ojos a los que no veían más allá de sus propios intereses, enderezar a los que se doblaban por el peso de la vida, sonreír satisfecho ante los que colaboraban en intentar hacer de este mundo algo parecido al Reino de Dios.

La mirada luminosa del discípulo amado descubre que María fue felicitada, en nombre de toda la humanidad, por su prima Isabel por haber hecho visible la misericordia de Dios (Lc 1,39-45). Gracias a ella, el niño que se gestaba en el seno de la anciana experimentó, ya en el claustro materno, la actuación de Dios y pudo llamarse con toda propiedad Juan (= «Regalo de Dios»).

Contemplado con mirada penetrante el comportamiento habitual de María, el discípulo amado intuye que esta mujer, cuando termine su ciclo vital, conservará esa capacidad de escucha y esas entrañas de misericordia. Está seguro de que, cuando termine su vida y alcance su plenitud en la casa del Padre, seguirá atendiendo los gritos y los susurros de los hombres, conmoviéndose ante sus dificultades, intercediendo con solicitud maternal, como hizo en Caná ante su Hijo para que adelantase la hora.

Juan, y con él los creyentes de todos los tiempos, contemplando en María la figura y primicia de la Iglesia, se esfuerzan en acoger, venerar, escuchar y encarnar la Palabra de Dios. Dejándose interpelar por ella, los discípulos de Jesús buscan con creatividad, audacia y lu-

cidez cómo ponerla en práctica.

## Una Virgen hecha oración

Juan, en su convivencia diaria con la Madre de su Señor, comprueba que María es una mujer que estalla de gozo ante un Dios que muestra su misericordia de generación en generación, que mira con ternura a los humildes, que derriba del trono a los poderosos y exalta a los humillados (Lc 1,46-55).

La mirada penetrante del discípulo amado observa que María tiene unos ojos misericordiosos, bien abiertos, que descubren las necesidades de los demás, y unos labios atentos que transforman en grito suplicante el dolor de sus contemporáneos. Así consigue que su Hijo adelante su hora, manifieste su misericordia y surjan nuevos discípulos (Jn 2,1-11).

Los ojos luminosos del discípulo amado constatan cómo María, reunida en el Cenáculo con los discípulos de su Hijo, alienta con su constancia y ejemplo la fe de una Iglesia desarbolada por la muerte de su Maestro. Su plegaria ardiente y perseverante hace posible el don de un Espíritu que levanta a la Iglesia de su postración y la pone en pie en medio de las plazas (Hch 1,12-14).

Juan, y con él los creyentes de todos los tiempos, contemplan en María, la Virgen hecha oración, la figura y primicia de la Iglesia. Como ella y con ella se esfuerzan por alabar a Dios, su Salvador, porque sigue mostrando su misericordia ante toda dolencia y toda enfermedad. Descubriendo y haciendo suyos los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de su tiempo, sobre todo de los que sufren y de los más pobres, los presentan al Dios hecho carne. Perseverando en oración con la madre de Jesús interceden para que Dios envíe su Espíritu y cambie el corazón de piedra de nuestra humanidad en uno de carne, abierto a las necesidades de los

demás.

## Una Virgen hecha Madre

Juan, en su convivencia diaria con la Madre de su Señor, descubre que María, por su fe y obediencia, sin perder la virginidad, había engendrado, cubierta por la sombra del Espíritu, al Hijo eterno del Padre (LG 63). Sus ojos luminosos intuyen que su maternidad es prototipo de la de virgen-madre Iglesia, que engendra a una vida nueva e inmortal, por la predicación y el bautismo, a sus hijos concebidos del Espíritu Santo y nacidos de lo alto.

La mirada penetrante del discípulo amado constata cómo María, urgida por sus entrañas de misericordia, prolonga su acción maternal con él y con el resto de los seguidores de Jesús. Descubre que actúa como Madre y maestra que va educando y configurando interiormente a los discípulos a semejanza de su Hijo primogénito.

Juan, y con él los creyentes de todos los tiempos, contemplando en la Virgen de Nazaret la figura y primicia de la Iglesia, se esfuerza por anunciar con la audacia de sus palabras y el testimonio de su vida esa Palabra que engendra nuevos hijos para su Madre, la Iglesia. Procurando no contaminarse con este mundo, es decir, permaneciendo virgen, procuran transmitir y anunciar a otros el Evangelio de la vida que ella hizo posible. Se convierten así en creadores y transmisores de la Buena Noticia. Cooperando con la Virgen Inmaculada, sin dejar de ser hijos, se convierten en madre de la Iglesia, a la que ayudan a crecer en número y fidelidad. Prolongan así su acción maternal de María, haciendo crecer el cuerpo místico de su Hijo. Mientras colaboran con la Madre de la Iglesia en su misión maternal se esfuerzan por ir creciendo en una fe que asume riesgos, en docilidad al Espíritu y en delicadeza humana abierta a toda necesidad.

## Una Virgen hecha don

Juan, en su convivencia diaria con la Madre de su Señor, descubre que María hacía de su vida un don a Dios y a los demás. Por ella se entera de que el día que presentó a su primogénito en el Templo se había hecho consciente de que no estaba cumpliendo un precepto más de la ley de Moisés, sino expresando plásticamente, con un gesto silencioso, pero cargado de sentido, que nada, ni siquiera su Hijo, le pertenecía (Lc 2,21-24). Unida a su pequeño en su entrega incondicional a la voluntad del Padre había confesado a su Señor: «Aquí estoy, he venido para cumplir, Señor, tu voluntad» (Heb 10,7).

El discípulo amado, en su convivencia diaria con la Madre de su Señor, descubre poco a poco cómo María había ido concretando y prolongando a lo largo de su vida esa entrega inicial en el Templo. Entrega que tuvo su expresión culminante en el Calvario, donde permaneció de pie y participó amorosamente en la ofrenda del Hijo, al que había dado a luz (LG 58). Así, la Madre del Señor, hecha don, pudo abrirse a toda necesidad humana y entregarse sin reserva a intentar remediarlas.

Los ojos luminosos del discípulo amado constatan que María sigue auxiliando a los discípulos de su Hijo con una entrega generosa. No hay nada humano que no encuentre eco en su corazón misericordioso ni necesidad que no se empeñe en solucionar.

Juan, y con él los creyentes de todos los tiempos, contemplando en María la figura y primicia de la Iglesia, se esfuerzan en ir haciendo de toda la creación un don ofrecido a Dios por Jesucristo (1 Pe 2,5). Intentan vivir todas sus obras, oraciones, compromisos, trabajo, descanso, vida comunitaria... como ofenda al prójimo y en él al Dios clemente y misericordioso (LG 14). Colaboran así a ir consagrando a Dios toda la creación y haciendo posible un mundo rico en misericordia.

## CONCLUSIÓN

Mirando a María con los ojos luminosos de Juan la hemos descubier-  
to como comienzo e imagen, figura y primicia de la Iglesia, realiza-  
ción humana de lo que todo cristiano está llamado a ser. La Madre de  
Jesús es así modelo, tipo y encarnación de una Iglesia de la que es  
Madre, paradigma y modelo de todo discípulo del Señor. Ella, que  
derrotó en su persona a la serpiente original, se empeña en ayudarnos  
para que el resto de su descendencia hagamos lo mismo. Seguros de  
su intercesión maternal la invocamos diciendo con las palabras del P.  
Chaminade:

Santa María, Madre de la Iglesia, sé

- mi madre, mi madre entrañable,
- mi abogada y mi ayuda,
- mi alegría y mi esperanza,
- mi fuerza y mi alcázar,
- mi salvación y mi gozo.

Mi corazón y toda mi vida los pongo en tus manos  
misericordiosas. Amén.

*(Écrits et paroles VII: 34.58-59)*

### Para compartir en comunidad

- Comenta lo que te haya parecido más sugerente de este capítulo.
- Contempla la cerámica de Oteiza, *La oración de las tres* y comparte lo que te evoca.
- ¿Qué supone para ti acoger a María en tu casa?
- ¿Eres, como María, una persona misericordiosa hecha acogida, oración, don? ¿Potencias la dimensión maternal en tus relaciones con los demás?

ORACIÓN A JUAN, EL DISCÍPULO AMADO

San Juan, tú, acogiendo la invitación del Bautista, descubriste al Cordero de Dios en las orillas del Jordán, y, sin dejar de ser un hijo de Zebedeo, te convertiste en un seguidor del Caminante y en el discípulo que más quería. Tú fuiste un testigo privilegiado de su gloria y el que se reclinó en su pecho en la última cena.

Cuando Jesús fue levantado en alto permaneciste a su lado al pie de la cruz. En esa hora de salvación te confió a su madre y tú, que siempre te habías empeñado en hacer lo que él te decía, la acogiste en tu casa.

Enséñanos a acoger a María en nuestra vida y a descubrirla como una Virgen hecha acogida, una Virgen hecha oración, una Virgen hecha madre y una Virgen hecha don. Amén.

CAMINAR EN ALIANZA CON MARÍA



María, Madre y seguidora de su Hijo, nos muestra el camino de la auténtica vida cristiana. Proclamada en el Calvario Madre de la Iglesia, se empeñó, desde esa hora de salvación, en ir formando en el seno de su ternura maternal a los discípulos de su Hijo, a semejanza de su Primogénito. Su misión no concluyó dándonos a Jesús, sino que se prolongará hasta el fin de los tiempos, cuando Cristo sea todo en todos.

Así lo entendía G. José Chaminade, fundador de la familia marianista:

María se esfuerza constantemente en hacernos semejantes a Jesucristo, procurando que asimilemos su forma de pensar y sentir, para que sea una realidad en nosotros el nombre de cristianos, es decir, discípulo e imitador Cristo (*Écrits et paroles* VII: 37.45).

En los primeros años de la vida de la Iglesia, María realizó directamente esta misión con Juan y los primeros discípulos. Una vez terminado su ciclo vital, glorificada junto al Verbo encarnado, continúa su labor de configurarnos con su Hijo primogénito desde la patria definitiva. Para realizar su misión necesita la colaboración de hombres y mujeres que la secunden en su labor. En este contexto teológico y espiritual sitúa Chaminade su intuición carismática de la alianza con María.

## LA CATEGORÍA BÍBLICA DE ALIANZA

El P. Chaminade utiliza habitualmente la expresión «alianza con María» para designar el compromiso recíproco entre la Madre de Jesús y los miembros de la familia marianista. Su pensamiento se inspira

en la categoría bíblica de alianza, que es clave para entender el Antiguo y Nuevo Testamento.

El concepto teológico de alianza nace con el pueblo de Israel. El Deuteronomio sintetiza la alianza entre Israel y el Señor en estos términos: «Has escogido al Señor, tu Dios, y él te ha escogido a ti para que seas su pueblo particular» (Dt 26,17-18). El texto subraya la iniciativa de un Dios que, movido por un amor apasionado y desconcertante, escoge a Israel, un grupo humano sin presente ni futuro, para hacerlo su pueblo. Aceptando libremente la oferta del Señor y sellando con él un compromiso para siempre, se convierte en pueblo de Dios y se compromete a servirle en el culto y en la vida. Desde ese momento, Dios lo considerará como su propiedad, su esposa, su heredad, y lo acompañará, cuidará, protegerá y defenderá de sus enemigos. En breve y lapidaria formulación: «Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (Jr 30,22).

Sintetizando el pensamiento bíblico afirma el Concilio: «Fue voluntad de Dios santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente. Por ello eligió al pueblo de Israel como pueblo suyo y pactó con él una alianza» (LG 9). Cada uno de sus miembros personaliza ese pacto y ese compromiso con el rito de la circuncisión, y lo expresa cotidianamente en la vivencia de los mandamientos.

En la plenitud de los tiempos, Jesús, muriendo en la cruz, selló una alianza nueva y definitiva con toda la humanidad. Cada cristiano la personaliza en el bautismo y la ratifica en la confirmación. El primer sacramento, principio y fundamento de toda vida cristiana, nos incorpora al pueblo de la nueva alianza. Allí nos sentimos libremente elegidos, radicalmente aceptados, incondicionalmente amados y especialmente llamados «a reproducir la imagen de su Hijo, para que él llegue a ser el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29). En esta línea afirma el P. Chaminade:

La santidad cristiana consiste esencialmente en alcanzar la conformidad más exacta posible con Jesucristo, Dios hecho hombre para servir de modelo a los hombres (*Écrits et paroles* VII: 28.4.).

¿En qué consiste esa conformidad con Jesucristo?, se pregunta Chaminade:

El mismo Jesucristo nos lo va a explicar: si alguien quiere seguirme, imitándome, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y me siga. Que haga las mismas cosas que yo y de la misma manera, que sufra como yo, que busque lo que yo busco, que ame lo que yo amo, que aborrezca lo que yo aborrezco, que practique las mismas virtudes. Que haga de mi voluntad el principio dinámico de su vida, como fue para mí hacer la voluntad de mi Padre. Que entierre en sí al viejo Adán para poder ser rehecho a imagen del nuevo. Que sea tan a mi imagen que los que le vean descubran en él a otro Jesucristo (*Écrits et paroles* VII: 18.5).

La llamada a la conformidad con Jesucristo, a la que están invitados todos los bautizados, como afirma el Vaticano II (LG 39), tiene en la familia marianista un acento propio: se trata de imitar a Jesucristo en cuanto hijo de María. Nuestro único fin es para el P. Chaminade «la más fiel imitación de Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de los hombres» (*Constituciones SM*, 1892 a. 6).

Para alcanzar la conformidad con Jesucristo, los miembros de la familia marianista se ponen en manos de María, convencidos de que la mujer que educó a Jesús colaborará con el Espíritu Santo en ir formándonos a imagen de su Hijo primogénito:

Jesús nació de María. Fue alimentado y cuidado por ella. No se separó de su lado en toda su vida. Le permaneció sumi-

so y la asoció a todos sus trabajos, dolores y misterios. La entrega a María es, por tanto, el rasgo más sobresaliente de la imitación de Jesucristo. La Compañía entiende que todos sus componentes, consagrándose a la imitación de este divino modelo, bajo el amparo de María, serán formados por ella, como lo fue Jesús después de haber sido concebido en su seno virginal (*Écrits et paroles* VII: 28.6).

La alianza hecha con María pone de manifiesto el compromiso de todo marianista de dejarse educar por ella, a semejanza de su Hijo, y de asistirle en su misión de formar en la fe a una multitud de hermanos para su Hijo primogénito.

#### LA ALIANZA CON MARÍA

El P. Chaminade abordó el tema de la alianza con María en el retiro previo a la fundación de la Compañía de María (1817). Fueron días con un cierto carácter constituyente en los que el Fundador se empeñó en transmitir a los suyos lo que consideraba nuclear para la nueva congregación religiosa. Inició la quinta meditación afirmando:

Habéis elegido a María, nuestra Señora, como Madre y ella os ha elegido para que seáis su familia especial. Esta estrecha y particular alianza con la Santísima Virgen es uno de los rasgos propios del Instituto. Se dan en ella los mismos elementos que en la alianza con Dios: elección, compromiso y comunión, propios de una alianza plena (*Écrits et paroles* V: 20.6).

Chaminade entiende que la alianza con María es un compromiso bilateral, como el de Israel con el Señor, que supone una elección mutua, una ratificación pública y un compromiso recíproco.

María toma la iniciativa. Nos elige no por méritos propios, sino movida por su amor gratuito e incondicional. La constatación de esa elección gratuita, inmerecida y desinteresada es para Chaminade la experiencia fundante de toda vocación marianista.

Nunca hubiéramos elegido a María si ella no lo hubiera hecho previamente. No estamos aquí por nosotros mismos, sino como consecuencia de la acción misteriosa de la Providencia, que ha dirigido las cosas, ha tocado nuestros resortes, a veces sin que nos diéramos cuenta, inspirándonos el deseo de aceptar como Madre a la Reina del mundo (*Écrits et paroles* V: 20.7).

Desconcertado por esta manifestación del amor de predilección se pregunta Chaminade: «María nos ha elegido de entre la multitud para que seamos su familia y sus hijos queridos. ¿Qué hemos hecho para merecerlo?» (*Écrits et paroles* V: 39.16).

María no solo nos elige para sellar una alianza. Esa elección supone, por su parte, el compromiso de querernos, cuidarnos y formarnos:

María se compromete con nosotros, ¿a qué? A amarnos, a socorrernos en todas nuestras necesidades, a defendernos como una madre (*Écrits et paroles* V: 39.16).

Su compromiso es una consecuencia directa de su maternidad. Aceptando libremente ser madre de Cristo asumió serlo del Cristo total: de la Cabeza y de su Cuerpo. Los mismos desvelos que en vida tuvo por Jesús los tiene ahora con cada uno de los miembros de su Iglesia, para ir configurándolos con su Hijo primogénito.

Nos consagramos a María en cuerpo y bienes, esperando a cambio la gracia inapreciable de ser formados por ella a semejanza de su divino Hijo y alcanzar la conformidad con él,

que, en términos del Apóstol, es lo único que vale la pena y asegura la felicidad eterna (*Lettres* V: 1182).

La elección gratuita por parte de María y su compromiso de cuidarnos como una madre crea una comunidad estable e irrevocable de vida y bienes entre la Virgen y el marianista:

[La alianza supone que] María nos hace entrar en posesión de su ternura, de sus bienes y de su poder. Adquirimos sobre ella una especie de derecho, para nosotros y para los demás, para conseguir lo que sea, siempre que esté de acuerdo con el plan de la sabiduría y bondad de Dios (*Écrits et paroles* V: 20.8).

Resumiendo: la alianza con María supone, por parte de nuestra Señora, una elección, un compromiso y una comunión, y, por parte de cada miembro de la familia marianista, un proceso análogo, es decir, acogida, ratificación y comunión.

A la iniciativa de María de elegirnos para formar parte de su familia se responde con una aceptación gozosa y agradecida. Como el discípulo amado, acogemos a María como don precioso de Dios. Como Juan, la consideramos como a alguien de la familia, como un bien propio y precioso que guardamos como un tesoro en el corazón.

Esta acogida cordial de la iniciativa de María se expresa en un compromiso filial de asistirle en su misión:

Nos hemos comprometido con María a todo lo que un hijo debe sentir y hacer por una buena madre: quererla, respetarla, obedecerla, ayudarla. Sobre todo nos hemos comprometido a esta última prueba de amor filial: la asistencia, la benevolencia activa (*Écrits et paroles* V: 39.15).

El compromiso misionero de todo marianista hunde sus raíces en la alianza con María. La comunión de vida e intereses nos lleva a cooperar con ella en su misión. En este sentido actúa como el principio dinamizador de la entrega a la evangelización:

María es la esperanza, la alegría, la vida de la Iglesia, el terror del infierno. A ella está reservada en nuestros días una gran victoria. A ella le corresponde el honor de salvar la fe del naufragio con el que se ve amenazada. Nosotros hemos comprendido este designio de la Providencia y hemos corrido a ofrecerle nuestros débiles servicios para trabajar a sus órdenes y combatir a su lado (*Lettres* V: 1163).

La alianza con María crea una comunidad de bienes. El que se consagra a la Virgen entiende que todos sus dones y capacidades personales, sus habilidades y carismas, quedan puestos al servicio de su causa, que no es otra que la construcción del Reino:

[Gracias a la alianza que hemos hecho,] María entra en posesión de nuestro corazón y de todas nuestras facultades (*Écrits et paroles* V: 20.8).

Participa de todos nuestros bienes. De hecho, todo cuanto somos está al servicio de María. Nos hemos entregado a María con todas nuestras posesiones y capacidades de nuestro ser. Que disponga de nosotros como quiera, para mayor gloria de Dios (*Écrits et paroles* V: 39.16).

Resumiendo su pensamiento escribía el Fundador en su libro *Manual del servidor de María*, publicado significativamente cuando solo existía la rama laical de la familia marianista:

Una consagración auténtica al servicio de la Santísima Virgen crea entre la persona que se consagra y la Virgen Inmaculada, que acepta la consagración, una verdadera alianza. Por una parte, la Santísima Virgen acoge bajo su amparo al fiel que se refugia en los brazos de su ternura maternal, adoptándole como hijo. Por otra, el nuevo hijo de María asume con su santa Madre los compromisos más tiernos y entrañables (*Écrits et paroles* I: 34.11).

## LA PLASMACIÓN DE OTEIZA

El papel que desempeña María en la espiritualidad de la familia marianista lo ha plasmado el escultor Antonio Oteiza en una cerámica titulada *Alianza con María*, que se venera en la capilla de la comunidad marianista de Valencia.

En primer plano de la composición aparece la imagen del P. Chaminade, que nos mira de frente. Su mano derecha remite a María, la mujer vestida de sol, coronada de estrellas, con la luna por pedestal, empeñada en su lucha contra el mal. Ella es la mujer prometida en los comienzos de la historia de la salvación, llamada a aplastar la cabeza de la serpiente original.

Un grupo de hombres y mujeres, siguiendo las indicaciones de Chaminade, han contemplado el signo y han comprendido que la lucha contra el mal no ha terminado. Creyendo firmemente que el poder de María no ha disminuido, y convencidos de que le está encomendada la misión de salvar la fe de la indiferencia religiosa, se han apresurado a ofrecerle sus débiles servicios para trabajar a sus órdenes y combatir a su lado.

Chaminade, que está de pie, firme, fuerte en la fe, ha extendido el brazo izquierdo y abierto la mano para acoger al grupo en la familia por él fundada. Familia que es seno materno, refugio, amparo, fuerza,

vida, plasmada en la cerámica como oquedad cálida, útero de ternura maternal, donde todo el que accede es transformado progresivamente por María en otro Cristo.

El grupo que María ampara, acoge, educa y transforma en el seno de su ternura maternal no adopta una actitud pasiva. Está de pie, en marcha. Avanza, cerrando filas, como una comunidad unida, fraterna, dispuesta a hacer lo que le diga, a ponerse a su disposición, a colaborar con ella, a secundarla en su misión, a trabajar a sus órdenes, a combatir a su lado, a ser sus auxiliares e instrumentos, a convertirse en los misioneros de María.

Todos los componentes de ese pueblo en marcha inclinan la cabeza, en signo de veneración y respeto, ante la Madre de su Señor. Se sienten gratuitamente llamados, elegidos, convocados a hacer alianza con ella, a secundarla en su misión. Han comprendido que a María le están reservadas nuevas victorias sobre el mal, que está llamada a acabar con esa especie de herejía contemporánea que es la indiferencia religiosa. Deseosos de colaborar con ella en su misión se han incorporado a la familia marianista, dispuestos a poner sus dones y capacidades personales, sus habilidades y carismas al servicio de su causa, que no es otra que la construcción del Reino. Abrirán sus manos, las apoyarán con fuerza sobre el pie de la mujer, confesando: *Ella te aplastó y te aplastará la cabeza.*

La cerámica de Oteiza recoge plásticamente las dos dimensiones que para el Fundador tiene la alianza con María: por una parte, «formarse en el seno de su ternura maternal a semejanza de Jesucristo, como su hijo querido se formó allí a la nuestra» (*Écrits et paroles* VII: 20.19), y, por otra, «amarla, respetarla, obedecerla, asistir-la. Sobre todo nos hemos comprometido a esta última dimensión del amor filial: la asistencia, la benevolencia activa» (*Écrits et paroles* V: 39.15).

## VIVIENDO EN ALIANZA CON MARÍA

Aunque toda la familia marianista está consagrada a María, cada uno de sus miembros debe personalizar su alianza con ella. Para Chaminade, el momento en el que se asume esta alianza es la consagración o compromiso de pertenencia para los laicos y la profesión para los religiosos.

Como una tradición que se remonta a los orígenes, los religiosos marianistas, como signo y sello de la alianza con María, llevan en el dedo anular (según la leyenda, por ahí circula una vena que va directamente al corazón) de la mano derecha (con la que los diestros hacen las cosas) un anillo de oro (metal noble y resistente a todos los ácidos) que nos recuerda que «al escoger seguir al Señor en la Compañía nos comprometemos irrevocablemente al servicio de María, Madre de Dios y Madre nuestra» (*RV 15*). Es un memorial, sencillo pero expresivo, que nos evoca el compromiso de hacer todo motivado por el amor que sentimos hacia nuestra Señora.

Realizada la alianza con María, cada marianista se esfuerza en vivir al filo de los días su consagración, dejándose formar por ella y colaborando, según su estado, edad y condición, en su misión.

Chaminade descubrió la misión de María contemplando los misterios de Cristo. Al descubrir el lugar que Dios le había reservado en la economía de la salvación, movido por un amor enteramente filial, decidió ponerse a su servicio de forma irrevocable. Consciente del dinamismo creador, que tenía un compromiso permanente, selló una alianza irrevocable con la Madre de su Señor, como seguimos haciendo los miembros de la familia marianista.

El proceso personal seguido por Chaminade, que incluye la cabeza (conocer), el corazón (amar) y las manos (servir), inspiró al Fundador una trilogía de verbos que el Fundador invitaba a conjugar, apasionada y contagiosamente, a todo aquel que se sentía llamado a vivir la espiritualidad marianista, a saber: conocer (cabeza), amar (corazón) y servir (manos) a María.

## Conocer a María

El primer verbo que conjugar por todo el que se siente llamado a vivir la espiritualidad marianista es *conocer*, que hace referencia a la cabeza. No se trata de un conocimiento fríamente intelectual, sino sapiencial, que evidentemente incluye una necesaria y sólida formación teológica.

A la luz del misterio del Verbo encarnado, María se nos revela como la mujer abierta a la misión que el Padre le confía, la que engendró por obra del Espíritu Santo y formó en su seno virginal al Hijo de Dios, la que fue asociada a todos sus misterios, la que resume en su vida el ansia y la búsqueda de Dios.

En la Virgen de Nazaret descubrimos a la primera creyente y el modelo de toda vida cristiana, y una invitación elocuente a comprometernos plenamente con todas las exigencias de nuestra vocación:

María se nos revela como una imagen del divino modelo, imagen que nos toca reproducir en nosotros mismos. Por tanto, imitando a María imitamos a Jesús. Solo será semejante al Hijo el que se parezca a su Madre (*Écrits et paroles* VII: 37.46).

## Amar a María

El segundo verbo que conjugar por todo el que se siente llamado a vivir la espiritualidad marianista es *amar*, que hace referencia al corazón. El conocimiento de María despierta espontáneamente el amor profundo y filial hacia la Madre del Redentor.

El amor que profesamos a María es una participación del de Cristo hacia su Madre. En nosotros y por nosotros, miembros de su Cuerpo por el sacramento del bautismo, Jesús continúa amando filialmente a su Madre con la sensibilidad de nuestro propio corazón. Escribiendo a uno de los primeros marianistas afirmaba el P. Fundador:

Bendigo al Señor porque tu amor a la Virgen María parece ir creciendo constantemente. Es el mismo Jesucristo el que te lo inspira. Mejor dicho, es quien te hace partícipe, poco a poco y según tu propia fidelidad, del amor que profesa a su Santísima Madre (*Lettres V: 1271*).

## Servir a María

El tercer verbo que conjugar por todo el que se siente llamado a vivir la espiritualidad marianista es *servir*, que hace referencia a las manos. El amor a María, que hace burbujear el corazón de un marianista, se manifiesta en una entrega generosa y desinteresada a la construcción del Reino.

Un miembro de la familia marianista, disponible para una misión universal, permanece abierto a todos los medios de evangelización, según las necesidades de tiempos y lugares. Su única prioridad, como la de su Señor, es atender preferentemente a los más pequeños.

Unidos a María y en su nombre damos testimonio de la Palabra de Dios, nos empeñamos en multiplicar los cristianos y colaboramos en la formación de personas y comunidades en una fe viva y comprometida, de forma que nuestro servicio prolongue en la tierra el amor maternal de nuestra Señora y haga crecer a la Iglesia, Cuerpo místico de nuestro Señor. Consciente de la grandeza de la misión escribía el Fundador:

Nuestra obra es grande, impresionante. Es universal porque somos los misioneros de María, que nos ha dicho: «Haced lo que él os diga». Sí, todos somos misioneros. A cada uno de nosotros, la Santísima Virgen ha señalado una tarea para trabajar en el mundo en la salvación de nuestros hermanos (*Lettres V: 1163*).

## CONCLUSIÓN

Vivir como hijo y colaborador de María son las dos dimensiones que tiene la alianza con María, según el pensamiento del P. Chaminade. Las dos se llaman y se complementan recíprocamente, y hay que procurar vivirlas en equilibrio dinámico. La hipertrofia de la primera tiene el riesgo de desembocar en un pietismo desencarnado, y el de la segunda en un activismo desmesurado. Dejarse querer, acompañar y educar en la fe por la Madre de Jesús y cooperar con ella en su misión deben complementarse mutuamente.

La tradición eclesial ha contemplado en el discípulo amado, que acogió a María en su casa (Jn 19,25-27), la síntesis y el modelo de la vivencia de ambas dimensiones. A él invoca la familia marianista cada día pidiendo su intercesión en la conocida como *Oración de las tres*:

San Juan,  
alcánzanos la gracia de acoger como tú  
a María en nuestra vida,  
y de asistirle en su misión. Amén.

### Para compartir en comunidad

- Comenta lo que te haya parecido más sugerente de este capítulo.
- ¿Acoges a María –como el discípulo amado– como don precioso de Dios? ¿La consideras como a alguien de tu familia, como un bien propio y precioso que guardas como un tesoro en el corazón?
- ¿Hunde tu compromiso cristiano sus raíces en la alianza con María? ¿Te lleva la comunión de vida e intereses a cooperar con ella en su misión? ¿Actúa tu alianza con la Virgen como principio dinamizador de tu entrega a la evangelización?

- ¿Se expresa tu compromiso con María en la comunidad de bienes? ¿Pones tus dones y capacidades a su servicio?
- ¿Qué medios empleas para conocer mejor a María, expresarle tu amor, servirla colaborando en su misión?

## ORACIÓN PARA RENOVAR LA ALIANZA CON MARÍA

Señor, Dios nuestro,  
para salvar a todos los hombres y conducirlos a ti  
nos has enviado a tu amado Hijo,  
que se hizo hombre naciendo de la Virgen María.  
Concédenos ser formados por ella  
a semejanza de su Hijo primogénito  
y ayúdanos a participar  
en el amor de Cristo para con su Madre.  
Tú has asociado a María al misterio de tu Hijo,  
para que sea ella la nueva Eva,  
la madre de todos los vivientes.  
Confirma la alianza que con ella hemos contraído,  
que nuestra consagración prolongue  
sobre la tierra su caridad maternal  
y haga crecer a la Iglesia,  
Cuerpo místico de tu Hijo, nuestro Señor.  
Amén.

SEGUNDA PARTE

## ETAPAS DE UNA PEREGRINACIÓN

## UN CAMINO PASO A PASO

## GUÍA PARA CAMINANTES

En la primera parte de este libro, titulada «El camino de María», he presentado sintéticamente el camino de fe de la Virgen María. Fue un proceso recorrido no sin oscuridades, desconciertos y vacilaciones (Lc 2,50) que la acabó convirtiendo en la primera creyente, en la más fiel seguidora de su propio Hijo. Gracias a su itinerario personal puede ser Madre y Maestra, y como tal entender, acompañar y ayudar a todos los que se sienten invitados por Jesús a dejarlo todo y ponerse a caminar detrás de él.

En esta segunda parte del libro, «Etapas de una peregrinación», se recogen todos y cada uno de los textos bíblicos en los que aparece citada la Madre de Jesús. Probablemente María estuvo presente en otros episodios narrados en la Escritura, pero me he limitado a aquellos en los que nos consta explícitamente su presencia.

He pretendido ordenar cronológicamente los relatos, pero no tengo la certeza de que las cosas ocurrieran así. Pero eso es lo de menos. Este libro no pretende ser una biografía de la Virgen de Nazaret, sino ofrecer unas pautas que ayuden a conocer mejor, amar más y servir sin reservas a María.

## ESTRUCTURA DE LOS PRÓXIMOS CAPÍTULOS

En los próximos capítulos encontrarás, partiendo de un episodio evangélico, una serie de propuestas para reflexionar, compartir y orar que pretenden ayudarte a conocer, amar y servir a María. Para facilitar su utilización, aquí tienes una pequeña guía con el contenido de cada apartado.

## Para contemplar a María en el arte

Como primera aproximación al tema del capítulo encontrarás una propuesta de oración hecha a partir de la contemplación de una obra de arte. En la selección de los cuadros he tenido en cuenta la belleza estética, el tratamiento catequético y su capacidad evocadora. En la medida de lo posible he procurado seleccionar cuadros de todas las épocas y estilos, desde el más primitivo románico hasta la pintura contemporánea.

Para contemplar las ilustraciones que aparecen en el libro con más detalle puede resultar beneficioso buscar previamente el cuadro en Internet. Utilizando convenientemente el *zoom* podrás ampliar los detalles que te interesen. El texto incluye puntos suspensivos que indican las pausas que conviene hacer para favorecer la oración. Todas las contemplaciones concluyen o incluyen un poema sobre el tema.

## Para conocer a María

Después de una primera aproximación contemplativa te ofrezco un comentario teológico y a la vez espiritual del relato evangélico que te facilite un conocimiento intelectual y sapiencial de la persona de María. Procurando mantener el rigor intelectual he eludido la erudición innecesaria y procurado emplear un vocabulario llano y asequible.

## Para compartir en comunidad

Al conocimiento sapiencial de la Escritura se accede mejor en comunidad, en Iglesia, que de modo individual. Contrastar con otros las

reflexiones, convicciones, dudas y vivencias ayuda a madurar, profundizar e interiorizar la propia fe. Desde esa convicción he redactado unas preguntas que faciliten abordar los textos bíblicos en grupo. Evidentemente no es preciso ni trabajar todas ni seguir el orden. Cada grupo verá el uso que hace y el tiempo que le dedica.

## Para rezar con María

En este apartado encontrarás una serie de propuestas de oración a partir del relato evangélico en cuestión. En ellas se ha tratado de ofrecer diversos métodos tomados tanto de las diversas tradiciones cristianas como de las orientales. Aunque es interesante experimentar diversas formas de rezar para ir enriqueciendo la vida de oración, cada persona, atenta a la acción del Espíritu, usará, desechará o modificará las diversas alternativas según su propia sensibilidad o estado anímico.

Todas las propuestas –como precisa el título del apartado– están concebidas para rezar con María, es decir, acompañados por ella, más que para rezar a María. Están clasificadas, en función del material presentado, en:

– *Con la Palabra de Dios.* Para poder orar con la Palabra de Dios he seleccionado dos textos bíblicos y un salmo o cántico. Casi siempre una lectura es del Antiguo Testamento y la otra del Nuevo.

– *Con palabras de la Iglesia.* El magisterio de la Iglesia, tanto ordinario como extraordinario, pueden ofrecerte pistas para tu oración. Para este apartado he seleccionado un texto del Concilio Vaticano II y otro del papa Francisco.

– *Con palabras del beato Guillermo José Chaminade.* Pensando fundamentalmente en los miembros de la familia marianista he seleccionado dos textos de los escritos de nuestro Fundador. La traducción no es literal. Tanto el vocabulario como la puntuación las he adaptado al español contemporáneo.

– *Con palabras de Adela de Batz de Trenquelléon.* Los textos de Adela están tomados de sus escritos. La mayoría son comentarios de la Fundadora a las jaculatorias con las que encabezaba sus cartas.

## Plegaria a santa María

Para terminar los capítulos he redactado una plegaria dirigida a María. Puede utilizarse tanto en la oración personal como para concluir la reunión comunitaria.

## NAZARET: KILÓMETRO CERO

PARA CONTEMPLAR A MARÍA EN EL ARTE



James Seward, *Bendita tú entre las mujeres*

Fijo la mirada en el cuadro de James Seward... Voy recorriendo la imagen de izquierda a derecha y de arriba abajo, como si estuviera leyendo la página de un libro... Me voy fijando en los colores, en las formas, en la disposición de los elementos... Dejo aflorar los sentimientos que me despierta esta Anunciación tan poco convencional...

El cuadro recrea el interior de la casa de María... Todo, en una habitación que es cocina, alcoba y hogar, refleja la sencillez y armonía de la mujer que la habita... A la izquierda, sobre un fogón apagado, reposa un cacharro de barro... Un mortero para triturar el trigo, un cesto con rojos tomates, un manojo de pimientos y cebollas, evocan parte de las ocupaciones habituales de su dueña... María, como todas las mujeres entre las que será bendita, consagra diariamente muchas horas a las labores domésticas... Una más, sin prebendas ni privilegios...

Las sandalias en el suelo, los postigos cerrados, el jergón tendido directamente sobre un pavimento de barro cocido, ponen de manifiesto que esta chica dormía hasta hace un instante... Necesitaba descansar después de una jornada sin reposo...

Inesperadamente, una luz intensa, blanca y acariciadora, que reverbera en las paredes encaladas, ha irrumpido en la habitación, disolviendo las sombras de la noche y el sueño de la mujer... Turbada, desconcertada, sorprendida, la mujer se ha despertado y ha empezado a incorporarse... La luz misteriosa, procedente del ángulo superior izquierdo del lienzo, ha desvelado su rostro... Es una chica joven, de piel blanca y luminosa, ojos oscuros de mirar profundo, cejas leves, boca entreabierta y larga cabellera negra, que enmarca y contrasta con la palidez de su rostro... Viste una sencilla camisola blanca, sobre la que refleja la luz, que evoca su pureza virginal... Se arropa y envuelve con un manto de color rojo que rememora al amor apasionado que pone en todas sus cosas... Sus pies descalzos evidencian que ha entrado en un terreno sagrado... Sus manos extendidas revelan su inicial sorpresa y su posterior aceptación...

La Virgen de Nazaret, intensamente iluminada por Dios, se nos revela como la hija de Sión... llena de gracia... virgen elegida por Dios... La llamada a ser madre del Hijo del Altísimo, del heredero del trono de David, del Rey eterno, del tres veces Santo, de un hombre grande de corazón, de Jesús, «el que salva»... Observo en su rostro la turbación ante una propuesta tan desconcertante... Y, tras las aclaraciones del ángel, la oigo decir: «Yo soy la esclava del Señor. Que él haga conmigo como dices»...

Caigo de rodillas y adoro al Emmanuel, a Dios hecho uno de nosotros por obra y gracia del Espíritu Santo... Adoro al Hijo de Dios hecho hijo de María para la salvación de los hombres... Adoro al Verbo de Dios, que ha puesto su tienda en medio de nosotros... Adoro al que no se aferró a su condición divina, sino que tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos, asemejándose en todo a los hombres, menos en el pecado...

Termino la contemplación escuchando de labios de María las palabras de santa Teresa (siglo XVI):

*Vuestra soy, para Vos nací,  
¿qué mandáis hacer de mí?  
Soberana Majestad,  
eterna sabiduría,  
bondad buena al alma mía;  
Dios alteza, un ser, bondad,  
la gran vileza mirad  
que hoy os canta amor así:  
¿qué mandáis hacer de mí?  
Vuestra soy, pues me criasteis,  
vuestra, pues me redimisteis,  
vuestra, pues que me sufristeis,  
vuestra, pues que me llamasteis,*

*vuestra porque me esperasteis,  
vuestra, pues no me perdí:  
¿qué mandáis hacer de mí?  
Veisme aquí, mi dulce Amor,  
amor dulce, veisme aquí:  
¿qué mandáis hacer de mí?  
Veis aquí mi corazón,  
yo le pongo en vuestra palma,  
mi cuerpo, mi vida y alma,  
mis entrañas y afición;  
dulce Esposo y redención,  
pues por vuestra me ofrecí:  
¿qué mandáis hacer de mí?*

*Dadme muerte, dadme vida:  
dad salud o enfermedad,  
honra o deshonra me dad,  
dadme guerra o paz crecida,  
flaqueza o fuerza cumplida,  
que a todo digo que sí:  
¿qué mandáis hacer de mí?  
Dadme riqueza o pobreza,  
dad consuelo o desconsuelo,  
dadme alegría o tristeza,  
dadme infierno o dadme cielo,  
vida dulce, sol sin velo,  
pues del todo me rendí:  
¿qué mandáis hacer de mí?*

*Dadme, pues, sabiduría  
o, por amor, ignorancia;  
dadme años de abundancia  
o de hambre y carestía;  
dad tiniebla o claro día,  
revolvedme aquí o allí:  
¿qué mandáis hacer de mí?  
Si queréis que esté holgando,  
quiero por amor holgar.  
Si me mandáis trabajar,  
morir quiero trabajando.  
Decid, ¿dónde, cómo y cuándo?  
Decid, dulce Amor, decid:  
¿qué mandáis hacer de mí?*

## PARA CONOCER A MARÍA

Todo empezó en Nazaret, un pueblo perdido de la Galilea de los gentiles, en la periferia del país, lejos del poder político y religioso, que tenía su sede en los alrededores del Templo de Jerusalén. Más adelante sabremos que ocurrió siendo Augusto emperador de Roma, la potencia ocupante de aquel orgulloso pueblo convertido en provincia romana gobernada por Cirino. El relato de Lucas narra con pasmosa naturalidad la irrupción de Dios en la historia de los hombres. Gracias a él oímos hablar por primera vez de una mujer llamada María.

Al sexto mes, Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, un pueblo de Galilea, a visitar a una joven virgen llamada María, que estaba comprometida en matrimonio con José, el cual era

descendiente del rey David. El ángel entró en el lugar donde estaba María y le dijo:

–Alégrate, la más favorecida de Dios. El Señor está contigo.

María se quedó perpleja al oír estas palabras, preguntándose qué significaría aquel saludo.

–No tengas miedo, María. Tú has hallado gracia a los ojos de Dios. Vas a quedar embarazada, y darás a luz a un hijo, al cual pondrás por nombre Jesús. Él será grande, será Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le entregará el trono de su antepasado David y reinará eternamente sobre la casa de Jacob. Su reino no tendrá fin.

María contestó al ángel:

–Yo no tengo relaciones conyugales con nadie; ¿cómo, pues, podrá sucederme esto?

El ángel le dijo:

–El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te envolverá. Por eso, el niño que ha de nacer será santo, será Hijo de Dios. Mira, si no, a Isabel, tu pariente: también ella va tener un hijo, a pesar de que es una anciana. Ella, a la que llamaban estéril, está ya de seis meses.

María dijo:

–Yo soy la esclava del Señor. Que él haga conmigo como dices.

Entonces el ángel la dejó y se fue (Lc 1,26-38).

El relato de Lucas, aunque tenga un trasfondo histórico, no deja de ser una forma de narrar la experiencia espiritual e interior de María. La intención de su autor no es describir lo que externamente ocurrió, sino hacernos partícipes del proceso vivido por una virgen de Nazaret que, acogiendo la propuesta de Dios, aceptó libre y conscientemente la responsabilidad de ser la Madre de su Unigénito.

Para revelarnos el misterio de la encarnación, Lucas adopta el esquema tradicional empleado en el Antiguo Testamento para anunciar el nacimiento de alguien importante. Como en el caso de Samuel, hay una presentación del mensajero divino, una reacción de la elegida, un mensaje divino, una objeción de la futura madre, una señal ofrecida por el enviado y una aceptación confiada de la propuesta.

El relato se inicia con una imprecisa referencia cronológica –«al sexto mes»– que simplemente permite situar el hecho con referencia al anuncio de la concepción del Bautista. En ese momento, Dios toma la iniciativa y envía un ángel a hacer una propuesta a una joven de Nazaret. Un ángel, una virgen, un niño y el Espíritu Santo, que aparece en las sombras, serán los protagonistas de esta historia sorprendente.

Un ángel –etimológicamente «mensajero»– es en la Sagrada Escritura una figura enigmática que nada tiene que ver con la iconografía tradicional cristiana. En sentido estricto es tanto la manifestación de Dios como un intermediario que se aparece a los hombres. Mientras Dios habla, el ángel se aparece para manifestar la voluntad de Dios.

En esta ocasión, el ángel tiene nombre propio. Se llama Gabriel, que etimológicamente significa «Hombre de Dios» o «Dios se ha manifestado fuerte», evocando ambas acepciones cuál es su misión. Es el mismo que anunció a Zacarías la concepción de Juan y uno de los tres que aparecen con nombre propio en el Antiguo Testamento.

La segunda protagonista es una virgen de un pueblo sin importancia de Galilea. El texto la presenta como comprometida en matrimonio con un hombre justo llamado José. Era el primer paso hacia el matrimonio, según la costumbre palestinese. En una ceremonia ante testigos, los contrayentes intercambiaban el consentimiento y la familia del novio pagaba la dote. A partir de ese momento, aunque durante alrededor de un año seguían viviendo en casa de sus padres, se consideraban a efectos legales marido y mujer, de forma que el compromiso solo se podía romper con un acta de divorcio.

De esta virgen, el ángel afirmará que es la más favorecida de Dios, la que ha hallado gracia a los ojos del Altísimo, la que vive en su compañía, provocando la perplejidad de la interesada, que solo se considera la esclava del Señor.

El niño que se anuncia, que es el personaje central del relato, recibirá el nombre de Jesús, «El Señor salva». Será plenamente humano, por ser hijo de la mujer, y absolutamente divino, por ser Hijo de Dios. El Espíritu Santo o Poder del Altísimo bajando y envolviendo a María hará posible su concepción virginal.

### Para compartir en comunidad

- Comenta lo que te haya parecido más sugerente del apartado «Para conocer a María».
- Analiza Lc 1,26-38 conforme al siguiente esquema:
  - Contenido
    - Personas que intervienen: qué se dice de Gabriel, María y el Niño.
    - Situación que se plantea.
    - Hechos que suceden.
    - Actitudes de los protagonistas.
  - Resultado: ¿cómo se resuelve la situación?
- De las actitudes de María descubiertas en el relato, ¿cuál te resulta más atractiva? ¿Cómo la vives tú?
- Cuando Dios se revela hay que prestarle la obediencia de la fe, como hace María. ¿Vives la fe como una respuesta personal al Dios que se te ha revelado?
- Imagina las consecuencias que hubiera tenido el que María no aceptase ser la Madre de Dios. ¿Eres consciente de la repercusión social de tus negativas a las propuestas de Dios?

- María tenía planificada su vida antes de la visita del ángel. La intervención de Dios trastocó su proyecto. Evoca situaciones en las que la vida te ha hecho cambiar de planes. Descubre y comparte tus reacciones.
- ¿Qué supone en tu vida cotidiana creer en un Dios hecho hombre? Como Cristo, Palabra encarnada, ¿estás cerca de los hombres y compartes sus alegrías y esperanzas, sus angustias y sufrimientos?
- ¿Qué consecuencias tiene este texto para tu vida personal y comunitaria?

## PARA REZAR CON MARÍA

### Con la Palabra de Dios

En aquellos tiempos, el Señor habló a Ajaz y le dijo:

-Pide al Señor, tu Dios, una señal en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo.

Contestó Ajaz:

-No la pido, pues no quiero tentar al Señor.

Entonces dijo Dios:

-Escucha, heredero de David: ¿no os basta cansar a los hombres, sino que queréis cansar también a Dios? Pues bien, el Señor mismo os dará por eso una señal: he aquí que la Virgen está encinta y dará a luz un hijo, y le pondrán el nombre de Emmanuel, que significa «Dios con nosotros» (Is 7,10-14).

*- Acércate a María. Dale las gracias por haber aceptado ser la madre de Jesús y posibilitado que Dios tuviera un rostro humano. Termina rezando el Avemaría.*

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que quien crea no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de él (Jn 3,16-17).

– *Lee el texto de Juan cambiando la palabra «mundo» por tu nombre de pila. Sorprende tus sentimientos. Dale volumen.*

Yo esperaba con ansia al Señor;  
él se inclinó y escuchó mi grito:  
me levantó de la fosa fatal,  
de la charca fangosa;  
afianzó mis pies sobre roca  
y aseguró mis pasos;  
me puso en la boca un cántico nuevo,  
un himno a nuestro Dios.  
Muchos, al verlo, quedaron sobrecogidos  
y confiaron en el Señor.  
Dichoso el hombre que ha puesto  
su confianza en el Señor  
y no acude a los ídólatras,  
que se extravían con engaños.  
Cuántas maravillas has hecho,  
Señor, Dios mío,  
cuántos planes en favor nuestro;  
nadie se te puede comparar.  
Intento proclamarlas, decirlas,  
pero superan todo número.  
Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,  
y, en cambio, me abriste el oído;  
no pides sacrificio expiatorio,  
entonces yo digo: «Aquí estoy

–como está escrito en mi libro–  
para hacer tu voluntad».  
Dios mío, lo quiero  
y llevo tu ley en las entrañas (Sal 40).

– *Visualiza a María el día de la encarnación. Sitúate a su lado. Reza con ella el Salmo 40.*

## Con palabras de la Iglesia

La Virgen de Nazaret, enriquecida desde el primer instante de su concepción con el resplandor de una santidad enteramente singular, es saludada, por orden de Dios, por el ángel de la Anunciación como «llena de gracia», a la vez que ella responde al mensajero celestial: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con él y bajo él, con la gracia de Dios omnipotente (*Lumen gentium* 56).

– *Mírate largamente en un espejo. Contempla tus rasgos y tu mirada. Descúbrete, como María, lleno de gracias. Pide que el Espíritu descienda sobre ti y te haga siervo del Señor.*

En la plenitud de los tiempos, la Palabra de Dios fue dirigida a María, y ella la acogió con todo su ser, en su corazón, para que tomase carne en ella y naciese como luz para los hombres. San Justino Mártir, en su *Diálogo con Trifón*, tiene

una hermosa expresión en la que dice que María, al aceptar el mensaje del ángel, concibió «fe y alegría». En la Madre de Jesús, la fe ha dado su mejor fruto y, cuando nuestra vida espiritual da fruto, nos llenamos de alegría, que es el signo más evidente de la grandeza de la fe. En su vida, María ha realizado la peregrinación de la fe, siguiendo a su Hijo. Así, en María, el camino de fe del Antiguo Testamento es asumido en el seguimiento de Jesús y se deja transformar por él, entrando a formar parte de la mirada única del Hijo de Dios encarnado (Papa Francisco, *Lumen fidei* 58).

– *Repite pasando las cuentas del rosario: María, creo que eres la causa de nuestra alegría.*

## Con palabras del beato Guillermo José Chaminade

Gabriel, presentándose respetuosamente ante María, la saludó de parte del Altísimo y le anunció que había sido elegida entre todas las doncellas de Israel para dar a luz al Salvador. Sobrecogida y desconcertada por los elogios recibidos, la humilde hija de Israel se inquietó por una virginidad que no quería perder ni siquiera para ser la Madre de Dios. Solamente cuando el ángel le aclare que concebirá por obra del Espíritu Santo dará un consentimiento esperado con tanta impaciencia en el cielo como en la tierra. En ese instante, el Verbo se hizo carne en sus entrañas (*Écrits et paroles* VII: 37.8-9).

– *Déjate mirar, como María, por Dios. Escúchale exponer los planes que tiene para ti. Mírale confiadamente. Dale tu consentimiento y ábrete a la vida.*

En el misterio de la encarnación contemplo, sucesivamente, sus diversos aspectos. Un Dios concebido por acción divina en el seno de una Virgen. Un Dios escondido en un cuerpo en gestación en las entrañas de una mujer. Ese Dios así velado, así anonadado, es ni más ni menos que el Señor del universo. Ese Dios así encubierto conoce desde dentro la condición humana y sufre sus limitaciones e implicaciones. Asume la condición humana por el hombre, que es enemigo, pecador, duro de corazón. Nace como uno más. Es débil, limitado, dependiente de su madre, llora y grita como cualquier niño. Y, sin embargo, este Niño es el mismo Dios. Un Dios que, a medida que crece en años, aumenta en sabiduría ante los ojos de los hombres. Un Dios tomado por el hijo de un carpintero, sometido a él y trabajando a sus órdenes para ganarse el pan como cualquier hijo de Adán (*Écrits et paroles* VII: 34.19).

– *Acércate a Nazaret. Contempla el vientre fecundo de María. Dobla tus rodillas y póstrate ante el Niño. Abre tu corazón al don de Dios.*

## Con palabras de Adela de Batz de Trenquelléon

El Verbo de Dios toma nuestra carne. El Hijo de Dios se hace hijo del hombre. Desconcertante amor de Dios a un hombre pecador (*Lettres* I: 35).

– *Ante el Verbo de Dios, oculto en el seno maternal de María, ve repitiendo lentamente: «Creo que María concibió en sus entrañas, por obra y gracia del Espíritu Santo, al Hijo único de Dios». Ve simplificando la frase hasta quedarte con una sola palabra. Repítela a lo largo del día.*

## PLEGARIA A SANTA MARÍA

Santa María,  
Madre del Verbo Encarnado,  
tú pusiste a disposición de Dios  
una tierra buena, rica y esponjosa,  
para que plantara su tienda entre nosotros.  
Gracias a tu generosidad hemos visto con nuestros ojos,  
hemos escuchado con nuestros oídos,  
hemos tocado con nuestras manos  
al Verbo de la Vida,  
que se hizo carne en tu vientre.  
Enséñame a estar siempre atento  
para escuchar las llamadas de Dios  
y disponible para servirle sin buscar nada a cambio.  
Ayúdame a ser testigo con mi comportamiento  
y a anunciar con mis palabras  
que la Vida que estaba junto al Padre  
se ha hecho visible en tu seno virginal.  
Amén.

## DE NAZARET A AIN KARIM

PARA CONTEMPLAR A MARÍA EN EL ARTE

Anónimo, *Visitación*

Voy paseando la mirada por este cuadro anónimo del siglo XIII... de arriba abajo... de izquierda a derecha, como si fuera la página de un libro... Voy reconociendo los diversos elementos de la composición...

A la luz de un atardecer, que tiñe de amarillo anaranjado el horizonte, diviso, al fondo de la composición, la serranía de Judea, hacia la que María se ha dirigido diligentemente después de conocer por el ángel el embarazo de Isabel... Serpenteando entre los árboles descubro el camino que la Virgen ha recorrido... Un camino físico que va desde Nazaret a Ain Karim... Un camino interior que ha empezado con una llamada de Dios... Observo el trazado del camino... No es un camino recto y llano, sino serpenteante y tortuoso... Discurre entre árboles y campos, y, bordeando la muralla de la ciudad, concluye, por ahora, en la puerta de la casa de Isabel... Allí, al terminar esa etapa de su peregrinación, la Virgen de Nazaret recibirá la confirmación de ser la Madre de su Señor...

El encuentro entre las dos mujeres ocurre en la calle, en la plaza pública, no en la intimidad de un hogar... La esposa de Zacarías ha salido de casa en cuanto ha reconocido la voz de su prima, el saludo de la mujer... Tiene la corazonada de que esta visita va a ser muy especial...

Detengo mi mirada en la figura de María... Es una mujer joven, casi una adolescente, que cubre su cabeza con un velo blanco, viste una túnica negra y se envuelve en un amplio manto azul que evoca a ese Dios que la cubre con su sombra y la arropa con su ternura... Su rostro ovalado, de piel tersa, blanca y delicada, está enmarcado por una larga melena, ceñida con una diadema, que resbala por su espalda... Ha inclinado la cabeza y bajado la mirada mientras tiende la mano derecha a Isabel y remite con su izquierda a su vientre grávido...

La Virgen de Nazaret sabe, desde el anuncio del ángel, que una vida nueva ha empezado a fraguarse en su seno... Pero esa buena noticia no la ha llevado a ensimismarse, a sumergirse en una contem-

plación estática del misterio que se desarrolla en su vientre... Impulsada por el amor se ha puesto diligentemente en camino hacia Ain Karim, hacia la casa de Zacarías, donde una anciana estéril también está esperando un niño... María acude presurosa a colaborar para facilitar que esa vida sea posible...

Isabel ha salido a la calle al encuentro de su prima... Es una mujer mayor, que vela sus canas con un velo blanco... Se envuelve en un amplio manto rojo –es el amor lo que la impulsa– y viste una túnica verde esperanza que ciñe un vientre que evidencia su maternidad inminente... Consciente del estado de María, la contempla entre arrobada y sorprendida...

El camino recorrido por María ha hecho posible el encuentro de los dos niños, que son el centro de la composición... Gracias a la Virgen, el Hijo del Altísimo y el más grande de los nacidos de mujer han coincidido por primera vez... Jesús le ha tendido los brazos... Juan salta de alegría en el seno de su madre... Reconociendo en ese bebé al Cordero de Dios, el futuro Precursor se ha puesto de rodillas, confesándolo como su Señor... El acontecimiento ha dejado a sus madres mudas y anonadadas...

Me acerco a María... Apoyo suavemente mi mano sobre su vientre grávido... Noto una corriente de vida que me inunda poco a poco y me estremece por dentro... Tomo conciencia de aquellas dimensiones de mi ser que se resisten a acoger la salvación que María me acerca... Caigo de rodillas y adoro al que reconozco como mi Dios y Señor...

Desde el suelo levanto mis ojos hacia María y le digo alborozado: «Dios te ha bendecido más que a ninguna mujer... Dios ha bendecido al Hijo que está en tu vientre... Tú eres la Madre de mi Señor... Feliz tú, porque has creído... Feliz tú, porque el Señor cumplirá las promesas que te ha hecho...».

Termino mi contemplación con el poema de Juan López de Úbeda (siglo XVII):

–¿Dónde por tierras extrañas,  
Virgen con tanto fervor?

–Donde me lleva el Señor  
que yo llevo en mis entrañas.

–¿Cómo es posible llevar,  
Virgen, al que os lleva a vos?

–Como el que me lleva es Dios,  
que ha querido en mí encarnar.

–Pues, ¿cómo por las montañas  
lleváis a tan gran Señor?

–Mas lo lleva el grande amor  
que lo trajo a mis entrañas.

–Parece en vos cosa nueva,  
Virgen, ir apresurada.

–Hácelo el ir abrasada  
del amor del que me lleva.

–Pues, ¿luego a tierras extrañas  
os lleva solo el amor?

–No, que todo es del Señor  
que yo llevo en mis entrañas.

–Ya sé que os lleva el doncel;  
mas, ¿dónde vais a aportar?

–Voy con él a visitar  
a mi parienta Isabel.

–¡Oh, qué cosas tan extrañas  
que al siervo sirva el Señor!

–Esto y más hace el amor  
del que llevo en mis entrañas.

## PARA CONOCER A MARÍA

La Anunciación, la Visitación y el *Magnificat* forman un conjunto bien trabado en el evangelio de Lucas. La anunciación define el misterio de la encarnación, la visitación lo manifiesta, el *Magnificat* lo canta.

Con la aceptación de la propuesta del mensajero de Dios, María empezó un largo camino que le llevaría toda la vida recorrer. Constituida por su *fiat* en Madre de Dios, no tuvo mucho tiempo para hacerse consciente de las consecuencias de su decisión. Habiendo conocido por Gabriel que Isabel, su pariente, esperaba un niño, no lo dudó. Sin compartir con su prometido su embarazo, urgida por el amor, se puso en camino para ayudar a su prima. El viaje desde Nazaret a Ain Karim fue para la Virgen de Nazaret la primera etapa de su peregrinar en la fe:

Algunos días después, María se puso en camino, y, lo más deprisa que pudo, se dirigió a un pueblo de la región montañosa de Judá, donde vivía Zacarías. María entró en su casa y saludó a Isabel; y ocurrió que, cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño que llevaba en su vientre saltó de alegría. Isabel quedó llena del Espíritu Santo, y exclamó con gritos alborozados:

—¡Dios te ha bendecido más que a ninguna otra mujer, y ha bendecido también al hijo que está en tu vientre! Pero, ¿cómo es que la madre de mi Señor viene a visitarme? Porque, apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi vientre. ¡Feliz tú, porque has creído que el Señor cumplirá las promesas que te ha hecho! (Lc 1,39-45).

María entra decididamente en casa de Isabel dando término a la reclusión a la que voluntariamente se había sometido la anciana al ser consciente de su embarazo. Su saludo provoca una sacudida en el interior de la anciana, provocada por los saltos de alegría del bebé que se gesta en su vientre ante la presencia de su Señor.

Isabel interpreta el signo como la presencia del Espíritu Santo, que la colma de gozo y la hace estallar en alabanzas a la que reconoce como bendita entre todas las mujeres, madre del Señor, feliz por haber creído.

Lo más relevante del relato no es el encuentro entre las dos mujeres, sino el del Mesías con la humanidad que le espera, encarnada en el hijo de Isabel. El fruto de esta intersección de caminos es un gozo inmenso que hace a Juan bailar de alegría en el seno de su madre.

María es mediación de esa Vida que ha llegado a Juan a través de su palabra. La mujer que había acogido, primero en su corazón y luego en sus entrañas, la Palabra eterna del Padre la transmite a su sobrino. Tenía prisa por compartir con otros el regalo recibido, por eso se dirigió apresurada, diligentemente, a la serranía de Judea.

Allí, en casa de Zacarías, María recibe la confirmación de que la vida nueva que se gesta en su seno no es una vida cualquiera. Isabel la proclama bendita entre las mujeres y madre del Señor (Lc 1,42-43). Ha sido su confianza incondicional en el Dios de la Vida la que ha hecho posible que se cumpla «el juramento que juró a nuestro padre Abrahán» (Lc 1,73), «realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres» (Lc 1,72) cuando selló con ellos una alianza eterna. La humilde esclava del Señor empieza a ser reconocida como madre del Señor, primera creyente y paradigma del discípulo de su Hijo.

María, en la serranía de Judea, empieza a tomar conciencia de que Dios la ha bendecido más que a ninguna otra mujer. Siente que la vida incipiente que se gesta en la oscuridad de su seno es tan poderosa que se transmite a todo el que se acerca y la acoge. Empieza a sentirse una mujer creadora y transmisora de vida. Comienza a intuir que su misión será hacer lo posible para que los hombres tengan vida abundante.

María, en Ain Karim, «Fuente del Viñado», contemplando a Isabel –un manantial seco del que, por la misericordia de Dios, inesperadamente ha brotado una corriente de agua fresca–, empieza a intuir que ella está llamada a ser fuente de vida. No sabe muy bien cómo será, pero confía en que el que es capaz de hacer posible lo imposible se las apañará para conseguirlo. Esa seguridad le produce una alegría desconocida que expresa entonando un cántico nuevo a su Señor.

### Para compartir en comunidad

- Comenta lo que te haya parecido más sugerente del apartado «Para conocer a María».
- Analiza Lc 1,39-45 conforme al siguiente esquema:
  - Contenido:
    - Personas que intervienen: qué se dice de María, Isabel, Zacarías, Jesús y Juan Bautista.

- Situación que se plantea.
- Hechos que suceden.
- Actitudes de los protagonistas.
  - Resultado: ¿cómo se resuelve la situación?
- De las actitudes de María descubiertas en el relato, ¿cuál te resulta más atractiva? ¿Cómo la vives tú?
- María, movida por el amor, acude diligentemente a casa de Isabel para echar una mano. ¿Descubres las necesidades de los demás? ¿Cuál es tu reacción espontánea? ¿Miras para otro lado? ¿Te implicas?
- María, en el encuentro con Isabel, sale confirmada en la fe. Tu comunidad, ¿te fortalece en la fe?
- ¿Qué consecuencias tiene este texto para tu vida personal y comunitaria?

## PARA REZAR CON MARÍA

### Con la Palabra de Dios

¡Oíd que llega mi amado, saltando sobre los montes, brincando por los collados! Es mi amado como un gamo, es mi amado como un cervatillo. Mirad, se ha parado detrás de la tapia, atisba por las celosías. Habla mi amado y me dice:

-¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí! Porque ha pasado el invierno, las lluvias han cesado y se han ido, brotan flores en la vega, llega el tiempo de la poda, el arrullo de la tórtola se deja oír en los campos; apuntan los frutos en la higuera, la viña en flor difunde perfume. ¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí! (Cant 2,8-13).

– *Asómate a la ventana. Descubre a la Madre de Jesús, que camina hacia tu casa. Obsérvala parada junto a la tapia de tu jardín, atisbando por las celosías. Toma conciencia de que te trae al Mesías. Observa los signos del comienzo del reinado de Dios: olfatea las flores de la vega, el perfume de las viñas; escucha el arrullo de la tórtola; contempla el fin del invierno y el estallido de la primavera. Termina dando gracias a María por hacer posible la llegada de la salvación.*

Amaos de corazón unos a otros como hermanos y que cada uno aprecie a los demás más que a sí mismo. Sed diligentes en el trabajo, espiritualmente dispuestos, prontos para el servicio del Señor. Que la esperanza os mantenga alegres, las dificultades no os hagan perder el ánimo y la oración no cese en vuestros labios. Solidarizaos con las necesidades de los creyentes, practicad la hospitalidad; bendecid a los que os persiguen y no maldigáis jamás. Reíd con los que están alegres y llorad con los que lloran. Vivid en armonía unos con otros. No ambicionéis grandezas, antes bien poneos al nivel de los humildes (Rom 12,10-16).

– *Evoca los tres meses que María permaneció en casa de Isabel. Contempla cómo vivió las actitudes que recomienda san Pablo. Pídeselas a la Madre de Jesús.*

Dios mío, confía tus juicios al rey,  
tu justicia al hijo del monarca.  
Él juzgará a tu pueblo con justicia,  
a los humildes con rectitud.  
De los montes llegará al pueblo la paz,  
de las colinas, la justicia.  
Hará justicia a los humildes,  
salvará a los oprimidos,  
aplastará al explotador.

Que dure tanto como el sol,  
tanto como la luna,  
generación tras generación.  
Que descienda como la lluvia sobre la hierba,  
como aguacero que empapa la tierra.  
Que en sus días florezca la justicia  
y abunde la paz mientras dure la luna.  
Que domine de mar a mar,  
desde el gran río al confín de la tierra.  
Que se postren ante él las tribus del desierto,  
que muerdan el polvo sus enemigos.  
Que los reyes de Tarsis y las islas  
le traigan obsequios,  
que los reyes de Sabá y de Sebá  
le ofrezcan presentes.  
¡Que todos los reyes se inclinen ante él,  
que todas las naciones lo sirvan!  
Pues él salvará al desvalido que clama,  
al humilde a quien nadie ayuda;  
se apiadará del oprimido y del pobre,  
a los desvalidos salvará la vida;  
los librárá del engaño y la violencia,  
porque estima mucho sus vidas.  
Que viva y reciba el oro de Sabá,  
que oren siempre por él,  
que sin cesar se le bendiga.  
Que haya grano abundante en la tierra,  
que la mies ondee en la cima de los montes,  
que sus frutos florezcan como el Líbano,  
sus gavillas, como la hierba del campo.  
Que su fama dure por siempre,  
que perdure por siempre bajo el sol;

que en su nombre se bendiga,  
que todas las naciones lo elogien.  
Bendito sea Dios, el Señor, el Dios de Israel,  
el único que hace prodigios;  
bendito sea su glorioso nombre por siempre,  
que llene su gloria la tierra entera.  
¡Amén, amén! (Sal 72).

– *Como Isabel en el cuadro, toma la mano de María. Siente tu piel en su piel. Escúchala recitar el Salmo 72. Procura comulgar con su gozo por la llegada del Salvador.*

## Con palabras de la Iglesia

La unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte. En primer lugar, cuando María, poniéndose con presteza en camino para visitar a Isabel, fue proclamada por esta bienaventurada a causa de su fe en la salvación prometida, a la vez que el Precursor saltó de gozo en el seno de su madre (*Lumen gentium* 57).

– *Escucha a Isabel decirte: «Feliz tú por haber creído». Deja que se te remuevan las entrañas y salta de gozo en Dios, tu Salvador.*

La Virgen Santa hizo de su existencia un don incesante y precioso a Dios, porque amaba al Señor. María es un ejemplo y un estímulo para todos nosotros, a fin de vivir la caridad hacia el prójimo, no por una especie de deber social, sino partiendo del amor de Dios, de la caridad de Dios. Y también María es quien nos lleva a Jesús y nos enseña cómo ir donde

Jesús; y la Madre de Jesús es nuestra y hace familia con nosotros y con Jesús. Para nosotros, cristianos, el amor al prójimo nace del amor de Dios y es de ello la más límpida expresión (Papa Francisco, *Dono di Maria*, 2013).

– *Contempla a María en casa de Isabel ocupándose de atender diligentemente a su prima. Pídele que tu amor a Dios se traduzca en el servicio al prójimo.*

## Con palabras del beato Guillermo José Chaminade

Isabel había dicho a María: «Feliz tú por haber creído las palabras del ángel», queriendo subrayar que era la fe la causa de su dicha. María completa esa afirmación diciendo: «Mi felicidad es grande, lo confieso, pero se la debo al amor puramente gratuito del Señor. Exclusivamente su voluntad es la fuente de mi gloria y de las gracias que me ha otorgado. Me ha elegido movido por su bondad. De ahí proviene toda mi grandeza, de ser rodeada y colmada de amor. Ha sido el Todopoderoso, cuyo nombre es santo, y la fuerza sin límites de su brazo los que han hecho en mí grandes cosas. Su misericordia es eterna» (*Écrits et paroles* II: 132.78).

– *Observa una foto de un embrión en el seno de su madre. Está nutrido, protegido, tranquilo, feliz. Identifícate con él. Escucha al Señor decirte: «Cuando estabas en el seno de tu madre te amé, te elegí, te consagré». Salta de gozo en el vientre materno. Confiesa con María: Dios, mi Salvador, ha puesto sus ojos en mí, que soy su humilde siervo.*

María se puso en camino. Abandonó su querido y precioso refugio. Lo hizo impulsada por Dios y movida por el amor.

Si el ángel le había dicho: «Mira Isabel, tu pariente, la que llamaban estéril, a pesar de ser una anciana está ya de seis meses», fue menos para confirmarle que podría concebir permaneciendo virgen que para hacerle saber que el estado de su prima exigía su presencia. Cuando María se puso en marcha era ya la Madre de Dios. Ningún miramiento sobre su dignidad, virginidad, estado o situación fue capaz de detenerla. Camina deprisa; ¿de dónde brota tanta diligencia? De la participación en el amor de Jesucristo, al que lleva en sus entrañas. Es el amor de Cristo el que la apremia (*Écrits et paroles* IV: 107.82-83).

– *María tenía unos pies ligeros, dispuestos a correr a donde hiciera falta. Ve a una zapatería. Pruébate varias zapatillas. Cómprate unas cómodas y livianas, de esas que ponen alas en los pies, para acudir diligentemente a socorrer a los demás.*

## Con palabras de Adela de Batz de Trenquelléon

El Salvador distribuye su cariño entre los que le sirven con fidelidad y amor. Recompensa hasta las cosas más pequeñas que se hacen por él. Nada se pierde, nada se olvida. Tiene en cuenta un simple deseo. Escucha las actitudes del corazón. No olvida ni una lágrima, ni un suspiro. Dios mío, felices los que te sirven (*Lettres* I: 204).

– *Repasa las obras de misericordia. Contrasta con tu vida. Termina repitiendo: Dios mío, felices los que te sirven.*

## PLEGARIA A SANTA MARÍA

Santa María,  
Virgen solícita,  
mujer de corazón grande y pies ligeros,  
haz que mi pulso se acelere  
al descubrir cualquier necesidad.  
Haz que mis pasos,  
apremiados por el amor de Cristo,  
se dirijan diligentemente hacia los necesitados,  
para llevarles cariño y ternura,  
comprensión y ayuda.  
Amén.

## DE AIN KARIM A NAZARET

PARA CONTEMPLAR A MARÍA EN EL ARTE

Rembrandt, *Sueño de José*

Me introduzco quedamente en ese interior pobre, sucio y tenebroso en el que Rembrandt ha situado el *Sueño de José*... El habitáculo, invadido por las sombras y las tinieblas, levemente iluminado por una claraboya que derrama sobre la estancia una luz cenital, evoca el universo en el que José, el justo, se debate corroído por la duda... El carpintero está sentado en el suelo, cabizbajo y abstraído, pensativo y desconcertado... Sus ropas se confunden con las sombras que le invaden y atormentan: no es posible que María, su prometida, que partió de su lado hace unos tres meses, haya vuelto de Ain Karim embarazada... Quizá lo mejor sea desaparecer discretamente y cargar con el baldón... El bastón, que descansa entre sus piernas, es una invitación callada a huir en la noche, ocultando lejos de su pueblo su orgullo herido y su vergüenza...

Centro la mirada en José, corroído por la duda... Le observo desvelado, sentado junto a María, que duerme placentera con la conciencia tranquila... Intento hacer mías sus dudas y desconcierto, su deseo de conocer los sueños de su prometida... Le escucho musitarle a su esposa el poema de Luis Cernuda:

*Aquí,  
en esta orilla blanca  
del lecho donde duermes,  
estoy al borde mismo  
de tu sueño.  
Busco  
tu sueño. Con mi alma  
doblada sobre ti,  
las miradas recorren,  
traslúcida, tu carne  
y apartan dulcemente  
las señas corporales,  
por ver si hallan detrás  
las formas de tu sueño.*

*No lo encuentran. Y entonces  
pienso en tu sueño. Quiero  
descifrarlo. Las cifras  
no sirven, no es secreto.  
Es sueño y no misterio.  
Y de pronto, en el alto  
silencio de la noche,  
un soñar mío empieza  
al borde de tu cuerpo;  
en él el tuyo siento.  
Tú dormida, yo en vela,  
hacíamos lo mismo.  
No había que buscar:  
tu sueño era mi sueño.*

Contemplo a María, recostada junto a José, que duerme rendida, agotada del camino... Las dudas de José, que ha visto agazapadas en la mirada de su prometido, no le han impedido dormirse enseguida, porque sabe que el que sacó a Israel de Egipto vela su sueño... Su carne, arropada por un manto azul, descansa serena sobre un jergón de paja... Sabe que el Señor es su lote y su heredad, que hasta de noche la instruye internamente... Está convencida de que con el Señor a su derecha no puede vacilar... No sabe cómo, pero está segura de que el que la cubre con su sombra le enseñará el sendero de la vida, buscará una salida airosa a su situación... Entonces se saciará de gozo en su presencia, de alegría perpetua a su derecha...

El que ha bendecido a María más que a todas las mujeres y la ha cubierto con su sombra se ha hecho presente en la estancia... Su luz clara, alada, radiante, ha iluminado la escena... Respetando el sueño de María, se ha acercado a José y tocado levemente su hombro izquierdo... Le habla al corazón: «No tengas reparo en recibir en tu casa a María, tu esposa... El hijo que espera es fruto del Espíritu Santo... Tú le pondrás por nombre Jesús... Él salvará a su pueblo...».

Después de la intervención de Dios, José ha recuperado la paz interior y descansa sereno... Ahora sabe quién es el padre del niño que se gesta en el seno de su prometida... Él, que no lo ha engendrado, ha sido elegido para imponerle el nombre y darle su apellido... Cuando pasen los años lo conocerán como el hijo del carpintero, pero él sabe con absoluta certeza que es el Hijo del Altísimo, que reinará eternamente sobre la casa de Jacob, que su reino no tendrá fin, que salvará a su pueblo de sus pecados... No entiende, pero acepta y respeta la voluntad de su Señor...

Contemplo a José, después de haber sido confortado por el ángel, acercándose a María... Despertándola suavemente... Besándola en la frente... Observo cómo la estancia se llena de claridad, iluminada por la sonrisa de la Virgen...

Termino la contemplación del cuadro rezando la oración de san Alfonso María de Ligorio:

Bienaventurado san José,  
por el amor mutuo que siempre reinó entre tú y María,  
tu santísima esposa,  
alcánzame la gracia de servirla fielmente,  
y de respetarla y quererla con todas mis fuerzas.  
Ámala, bendícela y glorifícala por mí,  
para que se la venere como se debe,  
ya que yo no soy capaz de hacerlo como se merece.  
Amén.

#### PARA CONOCER A MARÍA

El evangelio de Lucas reseña que «María se quedó unos tres meses con Isabel, y luego regresó a su casa» (Lc 1,56). Cuando volvió de Ain Karim, su embarazo empezaba a ser notorio. José, al percibir la situación, se sumergió en una inquietante oscuridad. No sabía cómo actuar, debatiéndose en un mar de dudas.

El evangelio de san Mateo recoge la concepción de Jesús en un relato paralelo y complementario al elaborado por san Lucas. En este caso, el protagonista es José, que conoce el origen del misterioso y desconcertante embarazo de su esposa durante un sueño:

El nacimiento de Jesús, el Mesías, fue así: María, su madre, estaba comprometida para casarse con José; pero antes de vivir con él como esposa quedó embarazada por la acción del Espíritu Santo. José, su esposo, que era un hombre justo, no quiso denunciar públicamente a María, sino que decidió separarse de ella de una manera discreta. Andaba él preocupado

en este asunto cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

—José, descendiente de David, no tengas reparo en recibir en tu casa a María, tu esposa, pues el hijo que ha concebido es por la acción del Espíritu Santo. Y cuando dé a luz a su hijo, tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que el Señor había dicho por medio del profeta: *La virgen quedará embarazada, y dará a luz a un hijo, a quien llamarán Emmanuel, que significa «Dios con nosotros».*

Cuando José despertó del sueño recibió en su casa a María, su esposa, conforme a lo que le había mandado el ángel del Señor. La cual, sin que él antes la conociese, dio a luz a su hijo, al que José puso por nombre Jesús (Mt 1,18-25).

El texto subraya la condición virginal de María y la acción del Espíritu Santo. El evangelista narra los acontecimientos teniendo como telón de fondo teológico el relato de la creación (Gn 1,1-2). También aquí el Espíritu de Dios planea sobre el caos y las tinieblas. Sobre ellos descenderá, como rocío vivificador, la Palabra poderosa de Dios, haciendo surgir la luz y la vida. El nuevo Adán, fruto no de la evolución o desarrollo de la especie humana, sino de una nueva acción creadora del Señor, es Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre en el seno virginal de la Hija de Sión. En el relato aparecen tres personajes: el ángel del Señor, José y María.

El ángel del Señor, que a diferencia del relato de Lucas no tiene nombre, no se manifiesta directamente, sino mediante un sueño. Es un recurso utilizado por Dios frecuentemente en el Antiguo Testamento para revelarse y dar a conocer sus planes a los hombres. Cuando el hombre se acuesta y entra en el letargo del sueño, el Señor actúa, evitando así su materialización en forma de ángel (Job 33,15-16). Ese mensajero invi-

sible, del que solo se percibe la voz, es la fuerza vital y creadora de vida de Dios capaz de fecundar el vientre virginal de María.

José, que en este caso es el destinatario de la Anunciación, es presentado como un hombre bueno, recto y justo. Es el paradigma de todo israelita, que, fiel a la alianza, se empeña en cumplir la ley y en creer en el cumplimiento de los oráculos de los profetas.

El patriarca, al constatar el embarazo de su prometida, se debate entre una doble fidelidad: el amor a su esposa y la observancia de la ley. Sabe que, en un caso así, debe denunciar públicamente el adulterio de la culpable. Después de un discernimiento doloroso y prolongado decide finalmente, para no exponer a María a la vergüenza pública y a una muerte segura, abandonarla en secreto, cargando con la culpa y la responsabilidad.

Solo cuando ha tomado la decisión interviene Dios revelándole que el embarazo de su esposa es fruto de la acción del Espíritu Santo. José está llamado a asumir el papel de padre adoptivo, asegurándole el honor y el apellido al Hijo de Dios, que es el auténtico padre «biológico» y, por tanto, el que impone el nombre al recién concebido. A la luz de la fe comprende que se está cumpliendo el anuncio del profeta Isaías: una virgen, permaneciendo virgen, ha empezado a ser madre. Su hijo, que es Emmanuel –«Dios con nosotros»–, se llamará Jesús, «Dios salva».

Libre del peso que durante días le ha oprimido el corazón, en cuanto se despertó de esa pesadilla acogió a María en su casa. La madre de Jesús tendrá un esposo, y el niño, un padre legal.

María, en esta ocasión, como tantas veces, permanece en un discreto segundo plano. Considerada adúltera sin serlo, iba a ser abandonada injustamente por su propio esposo. Calla y espera. Sabe que el Señor vela por el fruto bendito de su vientre. Cuando todo se aclare y José la reciba en su casa, agradecerá al Señor que en su vientre hubiera empezado una nueva creación por obra del Espíritu Santo. Felizmente se había hecho la luz, y la luz era buena.

## Para compartir en comunidad

- Comenta lo que te haya parecido más sugerente del apartado «Para conocer a María».
- Analiza Mt 1,18-25 conforme al siguiente esquema:
  - Contenido
    - Personas que intervienen: qué se dice de María, José, el ángel y Jesús.
    - Situación que se plantea.
    - Hechos que suceden.
    - Actitudes de los protagonistas.
  - Resultado: ¿cómo se resuelve la situación?
- Identifícate con José. ¿Cuál hubiera sido tu reacción en esa situación?
- José encarna al creyente que empieza a abrirse a un mundo nuevo que le desconcierta. ¿Qué situaciones de la vida de la Iglesia y de tu comunidad te desconciertan? ¿Cuál es tu reacción ante los cambios? ¿Y en tu vida personal?
- De las actitudes de María descubiertas en el relato, ¿cuál te resulta más atractiva? ¿Cómo la vives tú?
- María, ante las dudas y sospechas de José, guarda silencio, confiando en la actuación de Dios. ¿Confías así en el Señor?
- ¿Qué consecuencias tiene este texto para tu vida personal y comunitaria?

## PARA REZAR CON MARÍA

### Con la Palabra de Dios

Mirad que llegan días –oráculo del Señor– en que dará a David un vástago legítimo. Reinará como rey prudente y admi-

nistrará la justicia y el derecho en el país. En sus días se salvará Judá, Israel habitará en paz y le darán el título de «Señor, justicia nuestra» (Jr 23,5-6).

– *Contempla en el cuadro de Rembrandt a la Virgen embarazada con los ojos de José. Descubre en el niño que se gesta en sus entrañas la realización de la profecía de Jeremías.*

No juzguéis a nadie, y tampoco Dios os juzgará a vosotros. No condenéis a nadie, y tampoco Dios os condenará a vosotros. Perdonad, y Dios os perdonará. Dad, y Dios os dará: él llenará hasta el borde vuestra bolsa. Os mediará con la misma medida con que vosotros midáis a los demás (Lc 6,37-38).

– *María calla. José no juzga ni condena. Da gracias a Dios por las personas que no te juzgan ni condenan nunca.*

¡Escucha, Señor, lo que es justo! Atiende mi súplica,  
presta oído a mi ruego, pues mis labios no mienten.  
Tú dictarás mi sentencia,  
tus ojos discernirán lo que es justo.  
Me has sondeado, me has examinado de noche,  
me has probado y no has hallado mal alguno.  
Mi boca no ha pecado;  
frente a otras conductas humanas,  
yo evité el camino del violento,  
siguiendo la palabra de tus labios.  
He mantenido mis pasos firmes en tus sendas  
y no he dejado que mis pies se extravíen.  
Yo te invoco y tú, Dios, me respondes.  
¡Acerca tu oído a mí, escucha mis palabras!  
Haz resplandecer tu amor,

tú que salvas de sus atacantes  
a quienes se refugian en ti.  
Protégeme como a la niña de tus ojos,  
dame cobijo a la sombra de tus alas,  
que los injustos me acosan,  
los enemigos me asedian con saña.  
¡Ponte, Señor, en acción;  
hazle frente, derrótalo!  
¡Que tu espada me libre del malvado  
y tu mano, Señor, de los mortales!  
Pero yo, Señor, me he portado rectamente  
y por eso contemplaré tu rostro;  
al despertarme me saciaré de tu imagen (Sal 17).

– *Contempla al José de Rembrandt hecho un mar de dudas junto a María embarazada. Respira sus titubeos e inquietudes. Deja el juicio de la situación en manos de Dios. Reza con él el Salmo 17.*

## Con palabras de la Iglesia

La Santísima Virgen, creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y, sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como una nueva Eva que presta su fe exenta de toda duda, no a la antigua serpiente, sino al mensajero de Dios, dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos, esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno (*Lumen gentium* 63).

– *Paséate por un jardín. Contempla al jardinero podando los rosales. Pídele una estaca. Observa su tronco añoso, cortado en bisel, sus espinas, sus*

*hojas. Llévatela a casa y plántala en una maceta con tierra buena. Espera. Cuidala. Confía en la fuerza de la Vida. Brotará. Dará flores. Como el Reino que el embarazo de María ha hecho posible.*

En María, Hija de Sión, se cumple la larga historia de fe del Antiguo Testamento, que incluye la historia de tantas mujeres fieles, comenzando por Sara, mujeres que, junto a los patriarcas, fueron testigos del cumplimiento de las promesas de Dios y del surgimiento de la vida nueva. [...]. En María, el camino de fe del Antiguo Testamento es asumido en el seguimiento de Jesús y se deja transformar por él, entrando a formar parte de la mirada única del Hijo de Dios encarnado (Papa Francisco, *Lumen fidei* 58).

*– Haz una lista, encabezada por María y tu madre, de las mujeres que a lo largo de tu vida han hecho posible que seas un seguidor de Jesús. Da gracias a Dios por haberlas puesto a tu lado.*

## Con palabras del beato Guillermo José Chaminade

José no tardó en darse cuenta de que su prometida sería pronto madre. No podía albergar ninguna sospecha sobre una honestidad de la que todos los días tenía pruebas evidentes. Como en ese momento ignoraba aún la obra del Altísimo, decidió separarse discretamente de María. Una sola palabra de la Virgen habría aclarado todo, pero permaneció en un prudente silencio para no revelar las maravillas que el Señor había hecho en ella. Las palabras de un ángel mostrarán a José los planes de la Providencia y, desde ese momento, se sintió dichoso de permanecer junto a su esposa, de servir a la Madre de Dios (*Écrits et paroles* VII: 37.9).

– *Identifícate con José. Toma conciencia del estado de María. Deja aflorar la duda. Abandónala en secreto. Pon nombre al sentimiento que te embarga.*

El ángel había revelado a la Virgen el nombre de Jesús, pero fue José el primero en darlo a conocer públicamente. Fue el primero, en cuanto padre, en pronunciar el nombre santo de Jesús, nombre que el Hijo de Dios ha adoptado durante su vida, ha comprado con el precio de su sangre, ha hecho santo para los hombres, admirable para los ángeles, amable y benéfico para todo mortal (*Écrits et paroles* IV: 150.53).

– *En compañía de José ve pronunciando lentamente el santo nombre de Jesús o bien la oración del peregrino ruso: «Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí».*

## Con palabras de Adela de Batz de Trenquelléon

En todo lo que nos suceda sepamos decir enseguida: Dios mío, que se haga tu voluntad. Nunca murmuremos contra los acontecimientos, al contrario, tengamos la plena confianza de que Dios sacará maravillosamente todo adelante. Aceptemos en todos los acontecimientos de la vida la divina Providencia, que frecuentemente saca un bien de lo que parecía un mal (*Lettres* I: 129).

– *Relee las dudas de san José desde esta clave. Repite con él: «Dios mío, que se haga tu voluntad». Pasea lentamente la frase por tus sentidos: ojos... oídos... nariz... labios... piel... Detente en cada uno de ellos poniendo nombre: a qué me suena, a qué me sabe, a qué me huele... Transforma en súplicas tu experiencia.*

## PLEGARIA A SANTA MARÍA

Santa María,  
Esposa fiel,  
tú, al volver de Ain Karim,  
descubriste agazapada en la mirada de José  
la sombra de una duda.  
Te sentiste juzgada y condenada,  
pero permaneciste en silencio,  
sin revelar tu secreto.  
Sabías de quién te fiabas  
y confiabas en su intervención.  
Mira con ojos misericordiosos  
a todos los que se sienten juzgados y condenados  
por sus creencias, opiniones, ideologías o condición.  
No permitas que corazones o tribunales inmisericordes  
los marginen o condenen.  
Amén.

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	5
--------------------	---

### PRIMERA PARTE: EL CAMINO DE MARÍA

1. MARÍA EN CASA DE JUAN .....	9
El camino de María.....	10
La plasmación de Oteiza.....	11
María ayuda a ponerse en camino .....	13
María enseña a convertir la vocación en servicio .....	14
María enseña a descubrir la fecundidad de la virginidad.....	16
María prepara para compartir el destino de su Hijo.....	17
María forma a los pregoneros de la buena noticia.....	19
María ayuda a reconocerse como hijo y madre de la Iglesia ..	19
Oración a Nuestra Señora del Camino .....	21
2. LA MIRADA DE JUAN.....	23
La plasmación de Oteiza.....	24
María, imagen y primicia de la Iglesia.....	25
María, Madre de misericordia .....	28
Una Virgen hecha acogida .....	29
Una Virgen hecha oración .....	30
Una Virgen hecha Madre.....	31
Una Virgen hecha don .....	32

Conclusión.....	33
Oración a Juan, el discípulo amado .....	34
3. CAMINAR EN ALIANZA CON MARÍA .....	35
La categoría bíblica de alianza .....	36
La alianza con María .....	39
La plasmación de Oteiza.....	43
Viviendo en alianza con María.....	45
Conocer a María .....	46
Amar a María .....	46
Servir a María.....	47
Conclusión.....	48
Oración para renovar la alianza con María.....	49

SEGUNDA PARTE:  
ETAPAS DE UNA PEREGRINACIÓN

4. UN CAMINO PASO A PASO.....	53
Guía para caminantes.....	53
Estructura de los próximos capítulos.....	53
Para contemplar a María en el arte.....	54
Para conocer a María .....	54
Para compartir en comunidad .....	54
Para rezar con María.....	55
Plegaria a santa María .....	56
5. NAZARET: KILÓMETRO CERO .....	57
6. DE NAZARET A AIN KARIM.....	71
7. DE AIN KARIM A NAZARET .....	85

8. DE NAZARET A BELÉN.....	97
9. EN BELÉN CON LOS PASTORES.....	111
10. DE BELÉN A JERUSALÉN .....	123
11. DE JERUSALÉN A BELÉN .....	135
12. DE BELÉN A EGIPTO .....	147
13. DE EGIPTO A NAZARET .....	161
14. DE NAZARET A JERUSALÉN.....	171
15. DE JERUSALÉN A NAZARET .....	183
16. DE NAZARET A CANÁ .....	195
17. DE NAZARET A CAFARNAÚN.....	207
18. EN LOS ALREDEDORES DE BETANIA .....	221
19. DE NAZARET A JERUSALÉN .....	233
20. DEL CALVARIO AL CENÁCULO .....	245
21. DE ESTA TIERRA A LA PATRIA DEFINITIVA.....	259
EPÍLOGO. CÁNTICO PARA EL FINAL DEL CAMINO.....	273
Al final del camino .....	273
La humildad de una esclava.....	274
La mirada de Dios.....	276

Todos me llamarán feliz .....	277
Su nombre es santo.....	278
Su nombre es «Misericordia».....	279
Destruye los planes de los soberbios .....	279
Encumbra a los humildes .....	280
Conforme a la promesa de valor eterno.....	281
ILUSTRACIONES .....	283